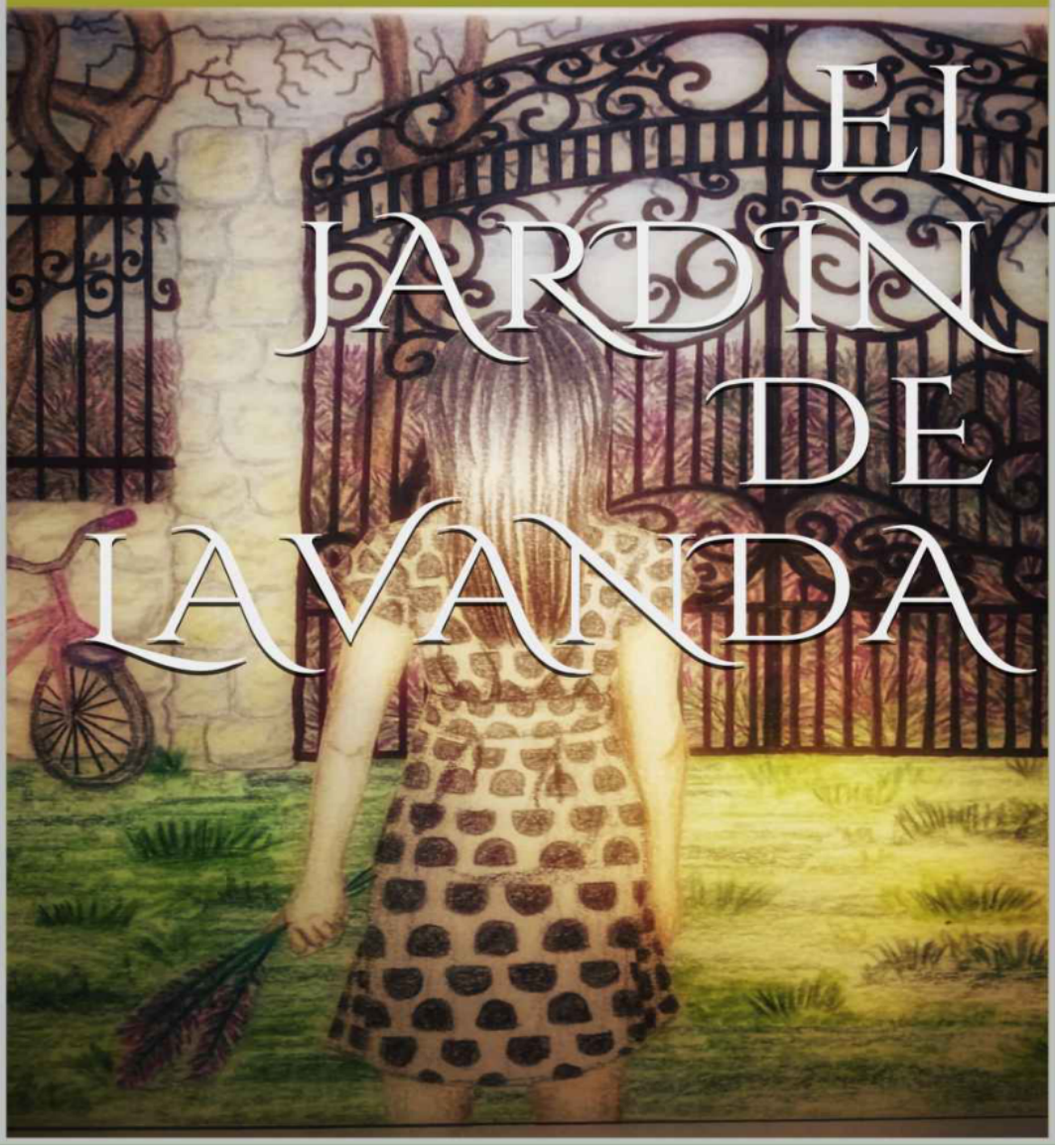
NOELIA SEÑAS POLO

EL JARDÍN DE LAVANDA



EL JARDIN DE LAVANDA

Noelia Señas Polo

Dedicatoria

En primer lugar, este libro va dedicado a mi padre. Sé que, desde donde esté, lo disfrutará tanto como el primero. Gracias, papá, por hacerme ser quien soy, por hacerme creer en mis sueños y por ayudarme a cumplirlos. Te quiero y siempre serás MI HEROE.

A todos vosotros, lectores de mi primer libro, que me animasteis a seguir este camino, que me disteis alas y fuerza para seguir este sueño.

A toda la gente que, incondicionalmente, está ahí siempre para aplaudir mis locuras.

A Ana, que ha creado una portada con magia. Sin pensarlo, dijiste SI, y me llenaste aún más de ilusión para empezar este segundo reto.

A Marta, por poner cara a mis protagonistas dándoles vida.

A Cris, que me guía en estos caminos de la edición y publicación, en los que yo estaba muy perdida.

A mi familia, por luchar por esto como si fuera su propio sueño.

A todos los que estéis leyendo esto, porque sois los que me alentáis día a día a continuar por los senderos de la escritura. Mi sueño de niña, de siempre, compartido con vosotros, es mágico.

CLAUDIA

Aquel día salí del colegio con el corazón desbocado y el sabor amargo de la traición.

Pedaleaba sin control, con el alma herida y los ojos cubiertos de lágrimas, sin rumbo fijo y preguntándome cómo, mi mejor amiga, podía haberme defraudado así.

Fue mi primera lección de adulta. La primera cicatriz de mi inocencia, que se grabó a conciencia en mi alma de niña, endureciéndome por dentro y por fuera como una corteza.

David era un chico guapo y enérgico que jugaba en el equipo de futbol del barrio y en el que yo ya me había fijado, antes de que apareciera por sorpresa como compañero de clase.

Cuando le vi entrar y acomodarse al fondo del aula sentí que no podía tener más suerte.

Me quedé paralizada en medio de la entrada, hasta que Carmen me dio un empujón para que dejara pasar al resto de alumnos.

—Chica, pues no es para tanto —me dijo al salir, mientras cerraba su carpeta, cubierta de fotos de grupos de música.

Desde aquel día no podía parar de pensar en él.

Solo tenía doce años, pero, sin duda, eso debía ser amor.

Cada vez que le veía se revolvía mi cuerpo entero, acelerando mis pulsaciones, y dejando una sensación en mi estómago que, al principio, confundí con hambre, pero que después comprendí que se trataba de otra cosa.

Todas mis conversaciones giraban en torno a él y Carmen me acusaba de agobiarla con tanta cursilería.

Averigüé en qué asignaturas flaqueaba y me senté a su alrededor en los exámenes, para que pudiera copiarse de mí, cosa que siempre había odiado y evitado.

Me gané el privilegio de sus escasos saludos e incluso de que, en alguna ocasión, se dirigiera a mí para pedirme apuntes, a lo que yo me ofrecía encantada, no sin antes entretenerme en pasarlos a limpio, comprobando que no existieran faltas de ortografía.

No tenía ojos para nadie más y lo buscaba con la mirada en los recreos, procurando sentarme cerca, incomodando a Carmen, que solo quería sentarse en el banco de siempre, lugar perfecto para despellejar a toda aquella que osase cruzarse ante nosotras, siendo el blanco de sus críticas.

Por nuestra amistad incondicional hasta el momento, por eso, me dolía tanto esa imagen de aquella mañana de octubre, cuando, al girar la cabeza hacia donde se sentaba ella, en la clase de geografía, la vi pasar aquel papel, clandestinamente, al David de mis amores, y le vi cogerlo a él, mientras cruzaban sus miradas, ante mi perplejidad, intentando buscar una explicación a aquello.

Pensé la posibilidad de que Carmen estuviese haciendo de Celestina y solo quisiera que él supiera lo mucho que me gustaba, pero conocía a Carmen y me costaba trabajo creer aquello, así que cuando David, mi David, arrugó el papel en su mano y lo tiró en la papelera al salir, pensé que era mi oportunidad para averiguarlo.

Carmen me metió prisa para abandonar la clase.

—Vamos, Claudia, ¡que no nos da tiempo a comprar los mapas!

—Yo voy esta tarde —dije, fingiendo estar entretenida, escribiendo cosas sin sentido en el cuaderno de geografía.

—Pero, entonces… ¿te quedas?

—Si, si… ve tú —la dije —yo ahora salgo.

La vi marcharse por la puerta, colocándose la mochila, mientras yo sostenía el bolígrafo en mi temblorosa mano.

Me dirigí a la papelera y saqué el papel deformado, abriéndolo cuidadosamente, como el que desactiva una bomba.

Y allí estaban, las palabras que me apuñalaron el costado.

¿QUIERES SALIR CONMIGO?

Sentí un terrible quemazón en la garganta y noté como mis labios temblaban sin poder controlarlos, hasta que solté un gemido que logré parar a tiempo para que nadie oyera.

Salí de clase, con el papel entre mis manos, haciéndome daño en la palma, bajando a ciegas las escaleras, cogiendo la bicicleta y empezando a pedalear, rumbo a ninguna parte.

El viento me azotaba la cara y empezaron a caer algunas gotas, rozándome la cara y confundiéndose con mis lágrimas.

Mientras pedaleaba vertiginosamente por las calles, esquivando peligrosamente coches y peatones, iba pensando en mis momentos con Carmen, desde que empezamos el primer curso en el colegio.

Siempre nos habíamos defendido una a la otra. Habíamos compartido juguetes, dormido juntas, reído a carcajadas y también llorado.

Nos habíamos peleado, claro que sí, porque las mejores amigas se pelean alguna vez.

Pensé en nuestras tardes en el banco del parque, comiendo pipas hasta que se nos dormían los labios.

Hablando de nuestros problemas, que tan importantes nos parecían entonces, para reírnos días después, por lo que antes llorábamos.

Pero esto era imperdonable. No era una pelea cualquiera, era diferente.

Carmen me había traicionado, podía incluso entender que le gustara David, pero nunca dio muestras de que así fuera.

De todas maneras daba igual, porque lo peor, lo que más me dolía, era aquella forma miserable de pisotearme, de romper el lazo

que nos unía, de dejarme completamente vacía de repente, sintiendo que ya no podía confiar en nadie, porque mi mejor amiga había preferido a aquel chico, mi chico, antes que a mí.

Poco importaba ya si él había aceptado o no su propuesta, aunque, entre lágrimas y suspiros entrecortados, iba yo maldiciendo y suplicando que la hubiera rechazado.

No sé en qué momento, ni como, algo golpeó la rueda de mi bicicleta, haciéndome caer estrepitosamente en el suelo.

Sentí un dolor agudo en la rodilla y comprobé que estaba sangrando.

Sentada en el suelo, cubrí con las dos manos la rodilla, intentando tapar la herida.

Como pude, recogí la bicicleta y me desvié hasta la acera.

La calle parecía completamente desierta, parece que nadie me ha visto, pensé, gracias a Dios.

Y entonces la vi. Frente a mí, radiante, espléndida.

No sabía por qué me llamo tanto la atención aquella casa, pero me atrajo como un imán hasta la verja.

Apoyé la bicicleta en la pared, olvidándome de mis heridas, las de fuera y las de dentro, y observé asombrada los minuciosos adornos de la cerca de metal, que separaban la vida real, del sueño que parecía empezar a partir de aquella puerta.

El jardín era una explosión de colores.

Flores de todo tipo vestían cada espacio de aromas y matices, mientras yo asomaba la cabeza entre los huecos de la valla, analizando detenidamente cada detalle.

Una fuente de piedra coronaba el centro del jardín. Dos ángeles de piedra sostenían una especie de caracolas, donde el agua rebosaba, mientras varios pájaros saciaban su sed.

La entrada de la casa estaba formada por decenas de peldaños de piedra y una columna a cada lado.

La fachada estaba cubierta de hiedra, dejando apenas huecos entre las hojas.

Una criada bajó los peldaños, con un cesto lleno de ropa blanca. Avanzaba despacio, con cuidado de no tropezar, atravesando el jardín en dirección a la parte trasera.

Se volvió a mirarme, antes de doblar la esquina de la fachada, parándose antes de continuar y sin apartar la vista de mí.

Yo permanecía con la cabeza entre los barrotes y, al sentirme observada, retiré la cabeza de forma brusca, cogí mi bicicleta y volví a la triste realidad con la que había llegado.

Al día siguiente, salí veinte minutos antes de casa.

No quería ir con Carmen al colegio, así que, cuando ella llegó a mi casa, yo ya no estaba.

Llegué a la puerta del colegio y aparqué la bicicleta donde siempre.

Me dirigí a clase sin prisa, sin cruzarme con demasiada gente. Aún era pronto.

Me acomodé en mi silla y abrí mi libro de literatura.

Al cabo de unos minutos sentí su presencia a mi lado. Hizo más ruido de lo habitual. Se revolvió en su asiento.

—Bueno, ¿qué?, ¿qué narices te pasa? —Preguntó al fin.

La miré. Sentí que la odiaba en ese momento. Mantuve durante bastante tiempo la mirada fija e inexpresiva en ella y luego volví la vista de nuevo a mi libro.

Entró David y se sentó en su sitio.

Observé su comportamiento. Ni siquiera la miró. Por dentro sentí cierto alivio.

Noté que Carmen me observaba, no paraba de mirarme, esperando una explicación por mi parte.

La miré, sosteniendo el lapicero en mi mano y golpeándolo rápidamente sobre mi otra mano.

—Deja de mirarme, Carmen… tú y yo ya no somos amigas. Busca a otra a quien traicionar.

Sus ojos se abrieron excesivamente y separó sus labios, como para hablar, pero, en ese momento, entró el profesor por la puerta dando los buenos días y yo volví la vista al frente, intentando escuchar, al menos, algo de lo que decía.

De vuelta a casa no puede evitar volver a pasar por aquel lugar mágico, aun sabiendo que tendría que desviarme demasiado, y de nuevo, asomarme a la verja, con la cabeza entre las rejas de hierro.

Volví a cruzar la mirada con la criada que, esta vez, me sonrió.

JULIA

En mi casa, las cosas se estaban torciendo sin remedio.

Mi madre cayó gravemente enferma y mi padre sacaba tiempo de donde no lo había para trabajar el doble y poder ganar un sobresueldo, mal pagado, dejándose la vida en el campo para poder hacerse cargo de las costosas medicinas.

Yo cuidaba de mi madre todo el día.

Cada mañana la veía más pálida y temía encontrarla sin vida en cualquier ocasión.

Cada respiración suya era un aliento para mis débiles fuerzas, carentes ya de esperanzas.

Yo tenía diecisiete años y mi padre quería un futuro estable para mí. No quería que me quedara en el pueblo, rindiéndome ante un matrimonio concertado, como hacían la mayoría de las chicas de mi edad.

A veces salían trabajos fuera para servir en alguna casa acomodada, pero las oportunidades se nos escapaban de las manos, mientras yo seguía atrapada en aquella casa, haciendo sentir culpable a mis padres por no poderme dejar ir.

Una mañana me despertó la voz apagada de mi madre, llamándome desde su cama.

Bajé al suelo descalza, angustiada, tropezando con una silla del dormitorio.

Me acerqué a la habitación y la vi, más despierta de lo que había estado los seis últimos meses.

Me instó a sentarme al borde de la cama y me cogió la mano entre las suyas, la sentí helada.

—Es el momento hija —me dijo mientras me miraba con una entereza que me partió el alma —yo debo marchar y a ti te corresponde hacerte una mujer como Dios manda. Sé que serás de utilidad para cualquier familia, porque lo has demostrado conmigo. Haz que tu padre esté orgulloso de ti. Vuela hija, vuela lo más alto que puedas y no mires atrás. No tengas miedo, yo te protegeré desde donde me encuentre.

Su voz se fue apagando, acabando en un susurro prácticamente inaudible, tanto, que tuve que acercarme para escucharla.

—Llama a tu padre, quiero despedirme de él.

Salí corriendo como un ratón perseguido, sin caer en la cuenta de que estaba descalza.

Las piedras se clavaban en las plantas de mis pies como cuchillas, pero solo pensaba en llegar a tiempo a las tierras del vecino, donde mi padre, en la distancia, me reconoció y vino a mi alcance corriendo, angustiado, percibiendo el olor de la tragedia.

—¡Corre papá! —grité yo entre sollozos mientras se aproximaba.

Cuando llegó a mi encuentro, los dos llorábamos desconsolados.

La cara de espanto de mi padre me dio más miedo que la propia realidad.

Corrimos juntos durante unos minutos, pero sus piernas avanzaban más deprisa que las mías.

Cuando llegué, ella aún estaba despierta, acariciando la cabeza de mi padre que descansaba apoyada en su regazo, llorando como yo nunca le había visto, sabiéndose solo con su partida.

Me senté al otro lado de la cama y alcancé a ver como mi madre sonreía, mientras cerraba los ojos lentamente, dejándonos solos y desamparados, sin saber cómo continuar la vida sin ella.

CLAUDIA

Desde aquel momento dejé de irme con Carmen, ni mirarla me apetecía. Y, a pesar de que ella siguió intentando recuperar nuestra amistad, yo ya no tenía ganas de reparar los pedazos rotos.

No funcionaría. Una relación de amistad sin confianza no llegaría a ninguna parte y, de lo que estaba segura, es que no dejaría que ella me hiciera más daño.

Elegí otro pupitre. A Juan le dio igual que le cambiara el sitio y yo fingí que quería acercarme más a la pizarra, aunque ya todos sabían que Carmen y yo ya no nos hablábamos.

David vino un día a pedirme los apuntes, me derretí como acostumbraba y le ofrecí mis notas, pero, ya en casa, tumbada en mi cama con el walkman y los cascos, algo se despertó en mí. Creo que fue la coraza que había fraguado gracias a Carmen lo que me hizo pensar lo idiota que había sido en todas las situaciones de mi vida.

¿Qué tipo de agradecimiento recibía yo de David? Un triste saludo, y no siempre, una mirada en los exámenes, que hacía que me derritiera como una tonta y cuya única intención por su parte era que abriera mis brazos, dejando a la vista mis hojas, para que él pudiera copiar las respuestas.

Me incorporé de pronto en la cama como un resorte, dándome cuenta de repente, de que yo era el objetivo de los intereses de los que me rodeaban y que yo no ganaba nada a cambio, tan solo ser la tonta que cumplía todos los requisitos de dar sin recibir… pero eso se había acabado.

En ese momento decidí que nadie más se reiría de mí, ahí empezaría a formar mi personalidad, a mis ya cumplidos trece años, seria yo la que decidiera, y el que quisiera algo de mí, tendría que ganárselo a pulso.

Se acabaron los apuntes gratuitos y mi posición en los exámenes, en los que me coloqué lo más lejos posible, ante la mirada confusa de David, que, a partir de ahí, me retiro el saludo, y yo comprendí lo invisible que había sido para él, excepto en los escuetos momentos en los que me necesitaba para algo.

Eso me sirvió como segunda lección de adulta. Y me fue mucho mejor a partir de entonces.

JULIA

La vida en casa se había convertido en una especie de jaula para mí.

Mi padre se pasaba mucho tiempo fuera, y en casa poco había que hacer.

Había pasado más de un año desde que mamá se fue de nuestras vidas para siempre, y yo empecé a sospechar que mi padre había encontrado a alguien que escuchaba sus problemas y llenaba su soledad, y no era yo.

Había aromas de mujer en su ropa, y no eran perfumes de mujer de pago, que algo conocía yo porque me cruzaba en el mercado con ellas. Era aroma a mujer sencilla, a jabón y azahar, y sus ojos ya no se mostraban tan tristes, ni su paso tan apesadumbrado.

En un principio me enfadé mucho, para mis adentros, sin atreverme a decirle ni acusarle de nada, pero después pensé en lo que sería de mi padre cuando yo me fuera.

Se quedaría solo. No puedes ser tan egoísta, me dije, y acepté aquello como ley de vida y un regalo de mi madre para ambos, porque mi madre seguiría siendo la reina de aquella casa y eso no cambiaría por más mujeres que aparecieran en la vida de mi padre.

Un día asomó por la puerta, más pronto de lo habitual.

Traía una vasija con vino y una sonrisa.

—Hija, trae la cena y siéntate, que vamos a brindar.

—¿Qué celebramos, padre? —dije pensando que iba a contarme lo de su nueva mujer.

Empecé a moverme nerviosa por la cocina. Esperaba que no tuviera intención de traerla a vivir a casa, porque yo no lo soportaría.

Yo no podría vivir ahí, con ella en la casa de la que seguía siendo dueña mi madre.

—Mañana partes para una nueva vida —dijo él, dejándome boquiabierta en la mesa, paralizada por unos segundos.

Agarré la vasija y llené mi vaso, sin poder cerrar mis ojos.

—Pero, ¿dónde? —pregunté, intentando controlar mi temblor de piernas.

—Te vas a la ciudad hija. A una casa de ricos, donde te tratarán bien y te formarán para un futuro digno, mejor de lo que te espera aquí.

Engullí todo el líquido de mi vaso de un trago.

Mi padre sonrió y se llenó el suyo.

—Son una buena familia. El señor de la casa tiene una hermana enferma. Necesita a alguien que sepa hacerse cargo y Matías se ha acordado de ti.

Le ha hablado muy bien al mayordomo que vino preguntando si conocía a alguien, y él ha aceptado la proposición, pero tiene que ser

mañana.

—Por lo visto a la señora no le gustaba la anterior enfermera y ahora necesita una que, además, sepa ayudar en las tareas de la casa. Sé que no les defraudarás.

—Pero ¿y usted, padre?

Sonrió.

—Yo solo seré feliz viéndote volar hija, ese era el deseo de tu madre, y también el mío. Solo así sabré que he hecho todo lo posible por tu felicidad.

—¿Pero tendremos contacto? —pregunté, asustada, sintiendo un montón de emociones diferentes, una mezcla de nerviosismo, temor a lo desconocido, pena por alejarme de mi padre e ilusión por comenzar una vida diferente, lejos de aquella jaula en la que se habían convertido aquellas paredes.

—Claro que si… no te preocupes por eso. Prepara tu maleta y acuéstate temprano, que vean tu mejor cara. Mañana vendrá a buscarte el mayordomo con su coche a las siete de la mañana. Que no tenga que esperar.

Asentí, con un nudo en la garganta, mientras observaba a mi padre, intentando grabar en mi mente todos los detalles de su cara, para recordarlos por las noches al irme a dormir, como hacía desde hace un año con mi madre.

Mi padre también me miraba, algo entristecido, pero con esa sonrisa de satisfacción que dan las cosas bien hechas.

Le abracé el cuello desde atrás, mientras él permanecía en la silla. Sentí su respiración entrecortada, presa del llanto que había intentado sujetar desde que había llegado. Le di un beso en la mejilla y le dije que no le defraudaría.

Me alejé lentamente hacia mi dormitorio, echando un último vistazo a la cocina, donde él permanecía sentado, con los ojos llenos de lágrimas, haciéndome gestos con la mano para que me retirara.

Aquella noche no pegué ojo, por más que lo intenté, recordando las palabras de mi padre de mostrar mi mejor cara.

Cuando apenas había amanecido bajé a la cocina a desayunar y retiré la jarra de vino vacía de la mesa. La fregué a conciencia, con el pecho dolorido de la presión que sentía.

Mi padre se había ido muy temprano, evitando así una despedida dolorosa, dejándome una fotografía de ambos en la mesa y el anillo de boda de mi madre.

Guardé aquellos tesoros en el bolsillo de mi falda y me despedí de mi casa en silencio.

Afuera me esperaba un coche negro, más elegante de lo que yo jamás había visto y un señor con traje salió a mi encuentro para hacerse cargo de mi maleta.

Me saludó amablemente y me abrió la puerta trasera del vehículo para que me acomodara dentro.

Al entrar me observó desde el retrovisor, levantando una ceja, que yo interpreté como si dudase de pronto de haberme elegido como candidata.

—Me han hablado muy bien de usted, señorita —dijo al cabo de unos minutos, cuando habíamos abandonado todo lugar conocido para mí.

Sonreí tímidamente.

—Gracias —acerté a decir.

—Debo advertirla que la señorita Ángela está muy delicada, tiene una enfermedad en las articulaciones que la impide moverse con normalidad, pero aparte de eso, está perfecta y lo que más agradecerá será su compañía —dijo sonriendo, mientras me echaba vistazos rápidos por el retrovisor interior.

—Intentaré hacerlo lo mejor que pueda —dije yo, soltando un suspiro nervioso, pensando si sería capaz de hacer lo que me pedían.

—Un consejo más —añadió cautelosamente —la señora es bastante estricta con las normas. Intente cumplirlas a rajatabla sin que se le vaya la vida en ello —me guiño un ojo y yo le sonreí, agradeciendo el consejo y la confianza.

—¿Trabaja usted en la casa? —me atreví a preguntar, intentando buscar una mano amiga en aquel lugar desconocido.

—Así es, señorita, pero yo trabajo más fuera que dentro… —hizo una breve pausa y luego murmuró un “gracias a Dios” que dudé si había salido de su boca o lo había imaginado, de tan bajo que se escuchó.

CLAUDIA

Pasaron algunos años en los que la vida continuó sin Carmen y sin David, y en los que fui haciendo nuevas amistades, sin ser capaz de confiar en nadie más, gracias a la que, en su día, fue mi mejor amiga.

Hubo amistades que me duraron años, pero, ninguna de ellas llegó a ganarse el mérito de mejor amiga.

A los dieciocho años decidí dejar de estudiar, por culpa de un verano en el que quise probar suerte trabajando, lo que se suponía iba a ser temporalmente, en una oficina inmobiliaria.

Me movía bien en aquel ambiente y a mi jefa le gustó mucho mi desparpajo y, cuando estaba a punto de cumplir el contrato, me preguntó si estaba segura de no continuar.

Lo cierto es que aquello me encantaba. Me movía como pez en el agua y no me apetecía nada volver a los libros y los exámenes.

Tampoco me atraía la idea de volver a pedir dinero a mis padres, a pesar de que en casa no nos faltaba de nada y nunca me habían puesto impedimentos con mi paga semanal.

La libertad de poder comprarme todos mis caprichos, que tampoco eran caros ni demasiados, me había cautivado.

Realmente, la noticia de abandonar los estudios, fue un disgusto enorme en casa.

Mi madre no esperaba que fuera a dejar la comodidad de la vida de estudiante por un trabajo que me absorbía casi todo el día, aunque mi padre me confesó que él si se lo esperaba.

Finalmente, después del disgusto, me apoyaron en la decisión, dejando atrás su sueño de presumir de una hija universitaria.

Fue dos años después, cuando mi jefa se dio de baja por enfermedad y delegó en mí sus operaciones importantes, cuando abrí aquella carpeta en el ordenador y vi aquellas fotos que me erizaron el pelo.

Allí estaba aquella casa de mis sueños, la que me atrajo de niña como en un hechizo.

Recuperé el aire perdido en mis pulmones tras la sorpresa y me recoloqué en la silla para poder ver aquellas fotos cómodamente.

Lo primero que llamó mi atención fue su reducido precio. Era una enorme casa, con mucho espacio exterior, de la que podía sacarse un gran beneficio.

Las fotos distaban mucho de lo que yo recordaba.

El jardín era un entorno salvaje y apenas se apreciaban los detalles de la fuente que yo había descubierto desde el exterior.

Las fotos del interior estaban hechas a la luz del día y tampoco se distinguía prácticamente nada.

Las paredes parecían bastante deterioradas y había muebles tapados con sabanas por toda la casa.

No pude evitar llamar a Roxana y preguntarla por todo lo que sabía de aquel lugar.

—Lleva en venta un montón de tiempo, Claudia, es una operación complicada.

Me sorprendió aquello.

—Ha venido mucha gente a verla en estos años, pero nadie se decide finalmente. El mayor impedimento es el deterioro que ha sufrido estos años. Es una gran inversión la que habría que hacer para volver a darle la imagen, aunque solo fuese parecida, de lo que en su día fue.

—¿Y si fuese yo la que me quedara con ella? —dije precipitadamente —¿podríamos negociar el precio?

Se hizo un silencio al otro lado del teléfono.

—¿Estás de coña, no?

—Nunca he hablado más en serio —dije, deseando que me dijera que sí, y que esa casa fuese mía.

—Ni siquiera la has visto físicamente.

—La vi hace ocho años —Dije mientras recordaba aquel momento mágico —cuando aún vivía gente, cuando el jardín era espectacular.

—Eso es imposible, Claudia, te debes estar confundiendo. Esa casa lleva deshabitada más de cuarenta años.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo al recordar a aquella mujer en el jardín, sonriéndome mientras me miraba fijamente.

JULIA

Cuando entramos en el camino de tierra que conducía a la casa empecé a ponerme muy nerviosa.

—No te he dicho mi nombre —dijo, mientras me observaba de nuevo por el retrovisor, advirtiendo mi excitación —Soy Antonio, y cualquier cosa que necesites, pregunta por mí.

Le miré, cogiendo aire, enredando mis manos una con otra, sintiendo una presión de responsabilidad en mi pecho.

—Señorita Julia, relájese, usted vale para esto, ya me han contado, no se deje amilanar y demuestre que no me he equivocado eligiéndola.

De nuevo me guiñó un ojo y sonrió, enseñando unos dientes blancos y excelentemente colocados.

Hice una mueca, salida de mi más profunda espontaneidad, mientras pensaba que, años antes, debió ser un joven muy apuesto.

Al bajar del coche, vi salir a la señora a la puerta.

Iba elegantemente ataviada con un vestido por debajo de la rodilla, entallado, y dando vida a unas curvas bien formadas.

Lucía un peinado recogido, elaborado y muy diferente a mi moño despeinado.

Me sacudí la falda antes de entrar, recordando que, a pesar de llevar puesta mi mejor ropa, ya tenía algunos zurcidos.

Me preocupó que lo notara.

Me miró de arriba abajo, con el semblante muy serio, dando indicaciones a Antonio de donde debía dejar mi maleta.

—¿Eso es todo lo que traes? —preguntó sin cambiar un ápice la expresión de su cara, sin esperar respuesta, y entrando delante de mí al recibidor de la casa, con el cuerpo estirado y un movimiento excesivamente artificial al andar.

Pensé lo incómodo que debía ser caminar por la casa con esos zapatos, y me pregunté si se pasearía así a todas horas.

Yo la seguía, dando, de vez en cuando, saltitos para alcanzarla, mientras intentaba percibir cada detalle a mí alrededor.

La casa por dentro era inmensa, a comparación con la que yo había dejado atrás.

Las paredes estaban repletas de cuadros, retratos de mujeres tan estiradas como ella y paisajes oscuros que a mí solo me transmitían tristeza.

Comenzó a subir las escaleras, moviendo todo su cuerpo mientras apoyaba su mano delicadamente en la balaustrada de madera, que dirigía a la primera planta.

Yo la seguía, inquieta por el no saber, por aquella tirantez en el ambiente, por su recibimiento huraño.

Llegamos a la primera planta y se paró ante la puerta que se

encontraba a la derecha.

Se volvió para mirarme, con la misma cara que me había recibido.

—Este es el dormitorio de la señorita Ángela —dijo señalando la puerta sin abrirla —¿sabes leer?

—Si, señora —dije a punto de bajar la cabeza y recordando de repente los consejos de Antonio.

Levanté la barbilla, aparentando seguridad.

—Bien, eso facilitará las cosas. Te dejaré las normas en tu dormitorio para que las leas. Nos ahorraremos la pérdida de tiempo.

Léelas cuidadosamente y cúmplelas —Me miró fijamente y precisó —sin excepciones.

Asentí mientras la miraba, evitando así parecer débil en su presencia.

No paraba de mirarme, se quedó durante un rato quieta, observándome, retándome a retirar la mirada, pero no lo hice. Finalmente apartó la mirada y avanzó unos pasos hasta la puerta que se encontraba al final del pasillo.

—Este es tu cuarto —dijo abriendo la puerta y desplazándose a un lado para dejarme paso.

Avancé hasta haberla sobrepasado y advertí un uniforme cuidadosamente doblado sobre la cama.

—Tras esa puerta —dijo señalando hacia el fondo del dormitorio —está tu baño. Aséate, que falta te hace, y cámbiate de ropa. La que llevas bájala, cuando hayas terminado, a la planta de abajo y deshazte de ella, no quiero volver a verla. El ala derecha de la planta baja es la de los empleados, dirígete allí y ayuda a Dolores, que estará en la cocina, a lo que ella te indique. Esta noche ya tendrás tiempo de leer las normas y mañana empezarás a cumplirlas.

Se dirigió con su habitual movimiento de cuerpo hasta la puerta y la cerró sin volver la cabeza.

Yo me quedé observando la puerta cerrada, durante unos minutos, preguntándome si no habría sido mejor quedarme en casa, donde el calor del hogar me reconfortaba tanto.

Mientras pensaba aquello, me dirigí al baño.

Me desnudé, dejando caer mi ropa al suelo, y me introduje en la bañera, que previamente había dispuesto a la temperatura perfecta, con un jabón que olía a hierbas y que cubrió el agua de espuma, pensando en las palabras de mi madre antes de morir, haz que tu padre se sienta orgulloso.

Cerré los ojos e introduje mi cabeza bajo el agua, recordando mi hogar, y con la promesa hacia mi madre, mi padre, yo, y hasta el propio Antonio, de que iba a demostrar que yo era la persona perfecta para ese trabajo.

CLAUDIA

Cualquier persona, en su sano juicio, se habría olvidado de forma instantánea de la loca idea de comprar una casa misteriosamente tétrica, pero yo no creía en las casualidades, y en el fondo de mi alma insensata, pensaba firmemente que algo me había atraído hacia aquel lugar.

Mentí a Roxana sobre mi memoria y fingí haberme equivocado de casa y de recuerdos.

Aun así, conseguí convencerla para que me dijera donde estaban las llaves.

—Llama a Mateo, Claudia, que te acompañe, no sabemos cómo estará eso por dentro, no vayamos a tener un disgusto, al menos que esté alguien contigo.

—Está bien, le pediré que me acompañe, para que te quedes más tranquila.

—Y luego me llamas —me ordenó.

—Que si, que luego te llamo…

Roxana y yo habíamos creado una amistad basada en el entendimiento y el trabajo duro.

Aún no le había otorgado el premio a mejor amiga pero, en ese momento, cuando tuve las llaves de aquella casa en la mano, pensé que me pensaría si darle aquella oportunidad a ella, después de todo, las personas que te ayudan a cumplir sueños hay que conservarlas siempre.

Quedé con Mateo en una cafetería, en el barrio de las cancelas, muy cerca de la casa.

Habían bajado las temperaturas, entrabamos en noviembre y, a pesar de que había sido un largo y caluroso verano, había empezado a repuntar el frio.

Encontré a Mateo esperándome en la puerta de la cafetería, fumándose un cigarrillo, con una cazadora vaquera y un jersey bastante fino.

—Ni hablar —le dije —yo te espero dentro.

Sonreímos los dos y apagó su cigarrillo.

Tenía una bonita sonrisa, aunque a veces le costaba mostrarla.

Nos sentamos en la única mesa vacía del local, en la zona de fumadores, y yo me pedí un café templado.

—Con dos azucarillos —añadí cuando vino el camarero con su libreta.

—Yo también, pero bien caliente —pidió Mateo, mientras sacaba de nuevo la cajetilla de tabaco —¿Lo has dejado? —me preguntó.

—Intento fumar menos —dije, implorando con la mirada que guardara el tabaco lejos de mi vista.

—Perdón —dijo mientras lo guardaba precipitadamente en el

bolsillo.

Volví a sonreír. No sabía que tenía él, pero siempre me encantaba estar en su compañía.

Era serio durante casi todo el tiempo pero, cuando estaba conmigo, a veces me hacía reír tanto, que conseguía que se me saltasen las lágrimas.

Nadie había conseguido hacerme reír tanto como él.

Siempre trataba de que me sintiera cómoda, pero nunca, en los dos años que llevábamos trabajando juntos, habíamos quedado para tomar nada fuera del trabajo, excepto nuestras comidas y cenas de negocios con Roxana.

—Y entonces… ¿Qué tienes pensado hacer con esa casa? Roxana dice que es una fuente de gastos, más que de ingresos…

Me encogí de hombros.

—¿Tú crees en el destino? —pregunté.

Sus ojos brillaron mientras me miraba.

—Si —dijo, clavando su mirada en la mía, haciéndome sentir un escalofrío.

—Yo también —dije mientras daba un sorbo al café, sin retirar la mirada de sus ojos.

JULIA

Después del baño me enfundé el uniforme.

Me resultó curioso que no hubiese espejo en mi dormitorio, ni tampoco en el baño.

Se suponía que no debía necesitarlo. Solo era una sirvienta, pensé.

Bajé a la planta baja con mi ropa entre los brazos. Pensé en mi madre.

Esa ropa me la había comprado ella con mucho esfuerzo y me daba mucha pena tirarla, pero debía ser fuerte y dejar de pensar en menudencias.

Necesitaba ese trabajo y mi madre me habría reprendido si hubiese sabido que me preocupaba aquel detalle, que, sin lugar a dudas, a ella le habría parecido sin importancia.

Llegué a la cocina y me sorprendió escuchar una melodía.

Me quedé paralizada en la puerta.

Una mujer parecía afanada en la cocina, mientras se escuchaba aquella música de fondo.

Cerré los ojos.

Me encantaba la música pero en casa no disponíamos de radio.

—Buenos días, señorita.

Di un respingo en la puerta, sorprendida.

—Buenos días —respondí sin pensar.

Antonio acababa de entrar en la cocina y me sonreía.

—¿Qué tal el recibimiento?

Se acercó a la que supuse debía ser Dolores y la cogió de la cintura mientras me guiñaba un ojo.

—Antonio, por Dios, algún día entrará la señora y nos mandará a todos a casa gracias a tus locuras.

Parecía seria al hablar, pero no parecían disgustarle las imprudencias de Antonio.

Sonreí al mirarlos.

—Tú debes ser Julia —dijo ella mientras apartaba de un guantazo a Antonio.

Asentí, sin poder contener una sonrisa.

—Perdónale, es un maleducado…. —dijo poniendo los ojos en blanco, sin poder ocultar, pese al intento, que Antonio hacia temblar sus piernas.

Me pareció graciosa la secuencia.

Les observé mientras esperaba un mandato por su parte, pero Dolores estaba a otra cosa, y hasta que Antonio no hubo desaparecido de la cocina, no me mandó a la despensa a por el saco de patatas y un barreño para empezar la faena.

Dolores era de cuerpo redondo, pero se movía con gracia y canturreaba mientras no paraba en sus quehaceres.

Yo me había situado en un lateral de la cocina y estaba terminando de trocear la última patata.

Se oyeron pasos por el pasillo.

Volví la cabeza y cruzamos la mirada.

Él se quedó parado, apoyando la mano en el umbral de la puerta.

Dolores se volvió a mirarle.

—Buenos días, señor —dijo mientras caía en la cuenta de que él estaba esperando que me presentara.

Yo permanecía paralizada, sin saber cómo reaccionar, esperando que alguien dijera algo.

Dejé el cuchillo sobre la mesa y me limpié precipitadamente las manos con un paño de cocina.

—Esta es la señorita Julia —dijo Dolores mientras me apremiaba con la mirada a que le saludara.

Yo no tenía inconveniente en hacerlo, pero no sabía cómo, desconocía si existía un protocolo para saludarle.

Él se acercó con una sonrisa y me tendió la mano.

—Soy Ricardo —sus ojos se clavaron en los míos, cortándome la respiración.

—Julia —dije, ya se lo han dicho, boba, pensé —perdón, ya se lo…

—Si, si, si… —me cortó él, mientras yo permanecía con mi mano entre la suya, con los ojos muy abiertos —¿le han enseñado la casa, Julia? —me preguntó, observándome muy fijamente.

Abrí las manos sin saber muy bien que decir, suspirando, mientras miraba a Dolores, que seguía fregando cazuelas sin hacernos mucho caso.

—Bueno… mi dormitorio y la puerta de la señorita Ángela —dije algo nerviosa por temor a meter la pata.

—¿La puerta, dice?

—Bueno… aún no conozco a la señorita —dije, tragando saliva.

—Mi mujer siempre tan atenta —dijo mientras hacia un gesto desesperado —Acompáñeme, le mostraré lo que mi mujer olvidó enseñarla.

Me soltó la mano y salió de la cocina, mientras yo le seguía, preguntándome si a la señora le parecería buena idea.

—¿Le gusta leer, Julia? —me preguntó, mientras abría la puerta a lo que a mí me pareció un paraíso.

Dos estanterías enormes ocupaban las paredes de lo que parecía ser una biblioteca.

Había cientos de libros, nunca había visto tantos, y me quedé impresionada, observando desde la puerta.

Un perro salió a su encuentro y se subió sobre sus rodillas.

Ladraba, entusiasmado por la visita.

Después de saludarle vino hacia mí y se posó sobre mis piernas, sacando mucho la lengua al respirar, y ladrando emocionado.

Me agaché a acariciarle y dejé que me lamiera un brazo, mientras no paraba de sonreír y hablarle, sin darme cuenta de que él me estaba observando con una enorme sonrisa.

—Vaya, parece que le ha caído usted bien, señorita Julia.

Sonreí mientras le miraba y me levantaba, algo avergonzada por no haber calculado mi sitio, preocupada por mi falta de profesionalidad.

Iba a disculparme, pero no me dejó.

—Me alegra saber que a mi querida Hathor le gusta usted.

—¿Hathor? —pregunté, empezando a cuestionarme si no me estaría sobrepasando con la confianza.

—Ella se llama Hathor. Le puse ese nombre porque es la Diosa Egipcia del amor, la alegría y la belleza. Mi princesa Hathor cumple con todo eso, ¿no cree?

La miré con cierta ternura.

Era de raza cocker, de color marrón, y una mancha blanca que le cubría una parte del hocico.

Sus ojos me observaban, mientras torcía su cabeza levemente, y a mí, solo me provocaba abrazarla y sonreír.

Siempre quise tener un perro.

El vecino tenía un perro pastor, al que al final, solo yo mimaba, porque para ellos era un trabajador más.

Cuando me veía, ya de lejos, Pancho corría a saludarme, con sus patas llenas de barro, llenando mi vestido de manchas que luego mi madre, entre reproches, tenía que frotar en el rio para salvarlas.

Pero ahora era adulta. Y además tenía una responsabilidad, mi trabajo, pensé, mientras sabía que no podría negarme a esa mirada, ni a sus efusivos saludos, que serían los únicos abrazos que recibiría en aquella casa desconocida.

—¿Ha leído ya las normas de Raquel, Julia?

—Aun no —dije, volviendo a la realidad.

—Cuando las lea, verá que también tiene tiempo para usted, no lo olvide. En esos ratos puede venir aquí, si lo desea.

Abrí los ojos mientras sonreía.

—¿De verdad puedo? —pregunté, mirando a mi alrededor el universo de letras que se abría ante mí, pensando en el placer de leer, mientras, quizás, Hathor, podría descansar bajo mis pies.

Salí de mi ensoñación, abriendo los ojos que había cerrado sin querer, para comprobar que él me observaba con curiosidad, con una sonrisa de satisfacción.

—Acompáñeme, Julia, voy a presentarle a Ángela, le encantará conocerla y saber que le entusiasma la lectura y los perros.

Le miré, mientras sentía que mi corazón palpitaba diferente en su presencia, reprendiéndome a mí misma que no debía olvidar que él era mi jefe, que estaba casado, y que yo, solo era una sirvienta que acababa de salir de un pueblo y que él solo quería ser amable, y que era inalcanzable, por muy guapo que a mí me pareciese.

CLAUDIA

He de reconocer que estaba más nerviosa que el día de reyes con ocho años cuando nos aproximábamos a la verja que, hacia tanto, no veía.

Mateo lo percibió y rozó sus dedos con los míos, con intención de cogerme la mano.

En ese momento me temblaron aún más las piernas y le miré, entre sorprendida y agitada, sin saber si tener su mano en la mía me tranquilizaría.

El corazón me latió con fuerza y tuve que coger aire para respirar.

Él debió pensar que no quería que me tocara y retiró la mano tímidamente.

—No es eso, yo… —quise explicar.

—No pasa nada, Claudia, yo estaré aquí a tu lado todo el tiempo.

Me miró algo entristecido, decepcionado.

Podría haberle explicado lo que el roce de su piel me provocaba pero no era el momento.

Avancé lentamente hacia la verja, oxidada y descolorida y la acaricié con la mano, sintiendo el mismo aroma que la primera vez que me acerqué al jardín, pero esta vez, la maleza no permitía ver más allá de un palmo.

Una gruesa cadena se enredaba entre los barrotes de la verja. Cogí cuidadosamente el candado en mi mano y metí la llave más pequeña del llavero, la que parecía encajar en la ranura.

El cierre se abrió y Mateo me ayudó a desenredar la cadena.

Tiró con fuerza de la verja, que hizo un ruido estruendoso al abrirse.

Avancé delante de él, apartando la maraña de ramas y de hierba que había crecido sin control.

Me asaltó un maravilloso olor a lavanda, pero no conseguí averiguar de dónde provenía.

Seguimos avanzando, lentamente, entre la espesura del jardín.

No sabría explicarlo pero sentí como si alguien estuviera observándonos y me alegré de estar acompañada.

Miré hacia atrás, Mateo me seguía como una sombra. Parecía preocupado, quizás por el episodio de la mano.

Le sonreí y me devolvió la sonrisa, pareció reconfortado.

Llegamos a las escaleras.

A partir de ese momento todo sería nuevo, nunca lo había visto, aunque un par de veces había soñado con la casa, pero aquello solo pertenecía a mi imaginación.

Respiré hondo y saqué el manojo de llaves.

Volví a mirar a Mateo.

El asintió con la cabeza, dándome el empujón que necesitaba.

Al abrir salió aire de la casa, un aire gélido, que duró un par de segundos, pero que me puso los pelos de punta.

Busqué los ojos de Mateo, que me miraba con el ceño fruncido.

—Parece que hay corriente —dijo sin creérselo demasiado, puesto que la corriente tan solo había durado un instante.

Me adelantó y se asomó al salón, supongo que para asegurarse que no había nadie y así protegerme.

Yo le espere en el vestíbulo.

Subió las persianas. Escuche correr las cortinas y la estancia se iluminó de repente, dejando ver un pasillo, vestido con un suelo de madera y una escalera a la derecha, que dirigía a la primera planta.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó, y su voz retumbó en toda la casa.

Había un olor a mueble antiguo, a madera, a cerrado.

No lo tenía claro, avancé lentamente hacia la derecha, descubriendo una enorme cocina, con una mesa central en la que aún permanecían algunos utensilios antiguos.

A la izquierda del vestíbulo se encontraba el salón, bastante tétrico, con todos aquellos muebles tapados con sábanas.

Las paredes estaban cubiertas de papel pintado, con figuras geométricas. En su día seguramente sería de lo más novedoso y caro, pero ahora no estaba en mis planes dejar aquella decoración en las paredes.

Lo pintaría de tonos claros para dar alegría a aquella casa que me producía una tristeza que no sabía si venía de aquella oscuridad, o se trataba de otra cosa.

—¡Ven a ver esto!– escuche gritar a Mateo desde algún punto de la casa.

Salí del salón con paso rápido hacia donde provenía su voz.

Había una puerta a continuación de la escalera, en la planta baja.

Asomé la cabeza y me sorprendió una especie de biblioteca.

Las estanterías estaban llenas de libros, había cientos de ellos.

Junto a la chimenea había una butaca tapizada donde me imaginé a alguien sentado, disfrutando de la lectura.

Sonreí, como si hubiese encontrado un gran tesoro. Me giré hacia Mateo, que me miraba con sonrisa de satisfacción.

—Sabía que te encantaría.

Me acerqué cuidadosamente a la estantería, rozando con mis dedos los lomos de los libros, leyendo algunos títulos al azar.

Había muchos libros de poesía, algunos clásicos muy conocidos y otros no tanto.

Pensé que aquella sala sería una de mis preferidas y que pasaría, seguramente, bastante tiempo allí.

—Mira Claudia —dijo Mateo, que se había desplazado hasta el

fondo de la sala y estaba en cuclillas, observando algo que yo no podía ver.

—¿Qué es? —pregunté mientras me acercaba.

—Parece un cuenco de comida de perro… Hathor —leyó en voz alta, mientras lo cogía entre sus manos.

Me agaché a observar el descubrimiento.

El cuenco estaba grabado con el nombre de una mascota que debió ser muy importante en aquella casa.

—Hathor era la diosa egipcia del amor y la alegría, hija del sol, así que, la dueña de este cuenco, debió ser hembra.

Mateo me observaba sorprendido.

—Me gusta la mitología —dije a modo de explicación.

Seguimos examinando la casa, mientras la madera crujía bajo nuestros pies.

Descubrimos una puerta más que parecía dar a una especie de sótano, pero la bombilla estaba fundida y estaba muy oscuro, así que decidimos descartar la idea de bajar por el momento, a pesar de que Mateo, bastante previsor, había traído una linterna.

Subimos a la segunda planta, y advertimos 3 dormitorios más.

Uno de ellos parecía ser el de un matrimonio, con una cama antigua, decorada con un cabecero impresionante, un banco a los pies de la cama y un tocador que no pude evitar desnudar de su sabana para poder repasar todos sus detalles.

Había tantas cosas personales allí, tantos objetos colocados como si nadie hubiese querido tocarlos…

¿No habría una familia heredera que quisiera llevarse algún recuerdo?

Me sorprendía que todo siguiera ahí como si los habitantes de aquella casa solo se hubieran ido de vacaciones.

Otro de los dormitorios parecía pertenecer a una chica joven.

La cama era individual, vestida de tonos claros.

Aún permanecían ajustadas sus sabanas y una colcha bastante pomposa.

También disponía de un tocador y un cepillo del pelo, colocado cuidadosamente junto a un frasco de perfume vacío, seguramente evaporado.

Lo cogí cuidadosamente entre mis manos y me lo acerqué a la nariz.

Me gustó su aroma.

Volví a dejarlo en su sitio, tal como estaba.

Mateo me estaba observando desde el otro lado del dormitorio, lo vi reflejado en el espejo, mirando todos mis movimientos, y en ese momento me pregunte que estaría pensando él.

Salimos de allí y nos dirigimos al otro lado, atravesando un

pasillo bastante largo. Me sorprendió lo alejado que estaba el último dormitorio.

En seguida me di cuenta que era un cuarto para alguien del personal de servicio.

El color de la pared era grisáceo, bastante serio, al igual que la colcha que tapaba la cama individual.

No había espejo, ni tocador.

Avancé unos pasos hasta una puerta, en el interior del dormitorio, que daba a un baño, en el que había una bañera, un lavabo con un pequeño armario y un inodoro. Nada más.

Las paredes eran de azulejos blancos, así como las baldosas del suelo.

Me dispuse a salir de allí, no me sentía cómoda en ese dormitorio.

Sonó un silbido que me puso los pelos de punta. Mire asustada a Mateo, que se volvió para comprobar que la ventana tenía un filo abierto y se había levantado aire.

Cerró por completo la ventana y sonrió.

—Yo también me había asustado —dijo suspirando con una sonrisa, mientras se acercaba a mí y salíamos juntos al pasillo.

Cerré la puerta tras de mí y bajamos las escaleras en silencio.

Subimos las escaleras hacia la segunda planta.

Hathor nos seguía alegremente, moviendo sus orejas, mientras ascendía por las escaleras dando breves saltos y adelantándonos en el último tramo, para colocarse la primera, ante la puerta de la señorita Ángela.

El señor se volvió a mirarme con una sonrisa.

Dio tres suaves golpes con los nudillos en la puerta y se oyó una voz dulce al otro lado.

—Adelante.

El señor abrió la puerta, mientras yo preferí esperar unos pasos por detrás, hasta recibir una invitación.

—Pase, Julia, esta es la señorita Ángela, mi hermanita.

Su voz transmitía una ternura infinita, demostrando el gran amor que sentía hacia ella.

La señorita Ángela estaba sentada en la cama, muy bien peinada y vestida con un camisón, abotonado hasta el cuello, de color azul y estampado de flores.

Era bonita, de cabello rubio y ojos claros e irradiaba una especie de luz invisible a la vista.

—Pasa, por favor —dijo ella, con una sonrisa amable, y sin tratarme de usted, relajando los nervios con los que yo había llegado.

—Ella es Julia —dijo él, tocándome el brazo para invitarme a acercarme a ella, que me esperaba con los brazos abiertos.

Iba a darle la mano, cuando me apretó contra su cuerpo en un caluroso abrazo, que me reconfortó enormemente, y me hizo reflexionar sobre la idea de haberme equivocado al ir a aquella casa.

Ella parecía alegrarse mucho de mi llegada, a pesar de no conocerme.

—Acerca una silla, Ricardo.

Él colocó una silla junto a la cama, y yo me senté junto a ella, sintiéndome como en casa, escuchando sus historias, en una conversación sin descanso, animada, sonriente, y sin coger prácticamente aliento, como si tuviese los minutos contados para estar conmigo.

Mientras tanto, Ricardo, permaneció sentado junto a nosotras durante un buen rato, jugando con Hathor hasta que cayó derrotada a sus pies, fruto del cansancio.

—Me temo que, lo mejor, sería acompañar a Julia a su cuarto, antes de que venga Raquel, con sus normas —hizo un guiño de burla, mirándonos a ambas —y nos saque de aquí a patadas.

Yo sonreí ante semejante comentario, pero cambié el semblante inmediatamente, al comprobar que la señorita Ángela había dejado repentinamente de sonreír, para mostrar una cara triste y seria.

Me levanté de la silla y me acerqué a ella.

—He disfrutado mucho en su compañía, señorita Ángela.

Ella me miró, mostrando una sonrisa, algo forzada, como si algo la estuviera atravesando el corazón, con una mirada triste clavada en mis ojos, como si quisiera decirme algo, pero en silencio.

Dejé la silla en su sitio y me aproximé la puerta, algo desconcertada, cuando escuché de nuevo su dulce voz a mi espalda.

—Yo también, Julia, me alegro mucho de que haya venido a esta casa.

Me volví para mirarla, mientras el señor me apremiaba a salir con un gesto de su mano.

Hathor se había desperezado, molesta por tener que moverse, y salió delante de nosotros erguida, con infinita elegancia para haberse levantado imprevistamente de la siesta.

El señor me acompañó hasta la puerta de mi dormitorio.

—Ahora debería leer las normas, Julia.

Asentí con la cabeza mientras abría la puerta del dormitorio.

—Me alegra mucho que esté usted aquí —dijo, y me volví a mirarle —A la señorita Ángela le ha caído usted muy bien, y eso me tranquiliza.

Paso tiempo fuera y me siento más cómodo sabiendo que ella está en buena compañía, de lo cual no me cabe duda.

Sonrió mientras me miraba.

Pasaron segundos, quizá algo más, en los que nos miramos en silencio, sin hablar.

—Bueno —dijo al fin, acompañado con un suspiro —he de irme.

Apretó los labios a modo de despedida y juntó sus manos, mientras se volvía hacia la escalera, con paso firme, seguido por Hathor, fiel compañera, y yo les observe, sin moverme de la puerta, hasta que los perdí de vista en la escalera, sintiéndome de nuevo sola en ese frio cuarto.

Roxana no daba crédito a mi testarudez.

—No puedes estar hablando en serio, Claudia. Has visto el estado de la casa, tendrás que invertir mucho para dejar eso medio decente para vivir.

—Cuánto podemos bajar el precio.

Puso los ojos en blanco.

—No lo sé… tendría que hablar con el dueño.

—¿Quién es el dueño? ¿Es familiar o compró la casa posteriormente?

Roxana me miraba incrédula.

—¿Por qué te interesa tanto esa casa, Claudia? Es que no lo entiendo, de verdad, dime algo que me convenza de verdad, algo para no frenarte en esa locura.

¿Cómo explicarlo? Decirle que esa casa me llamó cuando era una niña, que tenía algo que me atraía y algo que me daba miedo, a partes iguales.

¿Cómo explicar algo que yo misma sabía que era una locura?

—No puedo explicártelo de otra forma mas que con un ejemplo, amiga…

Roxana me miró interesada.

—¿Recuerdas aquel terreno que te empeñaste en comprar hace tres años a aquel ganadero, cuando todo el mundo te dijo que eso no valía nada, y tú seguiste empeñada en que era una buena inversión… y luego apareció aquel tío, con el proyecto del puñetero hotel y le sacaste una buena tajada?

Roxana sonrió al recordarlo.

—Ya lo creo si me acuerdo —dijo mostrando su mejor sonrisa – nos tocó la lotería ese año.

Se quedó un rato mirando a un punto indeterminado de la estancia, recordando aquel momento.

—Pero esto, de ninguna manera se parece a eso… tu no vas a sacar ni un euro de beneficio.

—Cierto —aseguré —el beneficio será personal, quiero esa casa, tengo planes con ella.

Suspiró, rindiéndose a mi testarudez.

—¿Planes sola o acompañada? —dijo mientras me guiñaba un ojo, aprovechando que Mateo entraba por la puerta.

—¿Quién sabe? —dije arqueando las cejas, con media sonrisa.

1. Sonará una campana por la mañana que dará inicio a la jornada laboral. Dispondrá de quince minutos para asearse y presentarse en la cocina.
1. Hará caso en todo momento a las indicaciones de Dolores y de la señora de la casa.
1. Nunca responderá a la señora de la casa, el hacerlo, tendrá consecuencias.
1. Preparará el desayuno de la señorita Ángela y se lo servirá en su dormitorio.
1. La ayudará a vestirse y asearse.
1. La acompañará al paseo matinal por el jardín.
1. Ayudará a Dolores a preparar el almuerzo.
1. Servirá la mesa y la recogerá, y posteriormente ayudará a recoger la cocina.
1. Atenderá las tareas que se le indiquen.
1. A las 18h de la tarde servirá el café y acompañará de nuevo a la señorita Ángela.
1. Ayudará a preparar la cena y la servirá.
2. Ayudará a acomodarse a la señorita Ángela para su descanso.
1. Se retirará a su dormitorio.
1. El domingo se le darán unas horas libres.
1. No podrá abandonar la casa si no es acompañada de alguien del servicio.
1. Leerá cuidadosamente la forma de administrar la medicina a la señorita Ángela y se la aplicará.
1. Recuerde que es usted una empleada de esta casa y debe respetar en todo momento a los señores.

Repasé varias veces aquella hoja, marcando en mi memoria todas las normas.

Pensar en un error me daba pánico.

Todos me habían advertido que cumplir las normas era fundamental para la señora, y lo que más miedo me daba era la mirada de la señorita Ángela cuando salió el tema, y el cambio drástico de su rostro.

CLAUDIA

Roxana medió con el dueño de la casa, que parecía tener prisa por vender, y consiguió un precio excepcional para mí, mucho más de lo que esperaba.

El día de la firma de escrituras, Roxana y yo fuimos hacia la puerta.

Hacía mucho que ella no salía de casa por su enfermedad pero se empeñó en acompañarme.

En la puerta nos esperaba él.

Tenía 46 años, vestía elegantemente y sus manos estaban muy cuidadas, me fijé en ellas mientras firmaba, en la notaría, todos aquellos papeles.

Era amable y educado, pero no dio pie a mucha conversación.

Parecía querer quitarse aquello de encima y olvidarse, como si fuese un gran problema para él.

Roxana me advirtió sobre ello al salir y me volvió a recordar mi testarudez. “Seguro que se ha dejado un riñón en arreglos, me dijo, y le has hecho el favor de su vida comprándole su ruinosa casa”.

Sonreí. Me da igual, pensé, quiero esa casa, la quiero, y no hay nada que me haga retroceder en mi decisión, pero no se lo dije, solo la miré sonriente. Ella ya sabía que era una causa perdida.

Nos despedimos en la puerta con un apretón de manos.

Cuando se volvió y empezó su camino al coche le llamé. No iba a decírselo, pero mi voz salió de mí sin darme tiempo a darle permiso.

—¿Hay algo que quiera recuperar de la casa, antes de que empiecen las obras?

Se volvió a mirarme.

—No —dijo moviendo brevemente la cabeza, sin pensarlo, como si la propia pregunta que le hacía fuese una estupidez o incluso le molestara.

—Ok —dije sin más, preguntándome qué clase de familiar se deshace tan fácilmente de los recuerdos de la vida de alguien que lleva tu sangre.

JULIA

Aquella noche apenas dormí.

Echaba de menos mi hogar, el olor a leña del salón, mis hábitos, mi cama y sobre todo a mi padre.

¿Qué tal estaría él? ¿Estaría pensando en mí? ¿Sería capaz él de dormir en aquella primera noche, en toda nuestra vida, que estábamos separados el uno del otro?

Entre aquellos pensamientos conseguí, al fin, caer en un duermevela que me permitió escuchar despierta la campana que anunciaba el comienzo de jornada.

A pesar de haber leído las normas más de veinte veces, volví a repasarlas por miedo a equivocarme.

Me aseé a conciencia y me aseguré de llevar bien abotonado el uniforme.

Dejé el dormitorio tan recogido como si nadie hubiese dormido allí y cerré la puerta, suspirando profundamente, para empezar mi primer día de trabajo.

Al bajar las escaleras, me vino un aroma a bizcocho recién hecho y a café.

Mi estomago dio señales de estar vivo.

—Buenos días, Dolores —dije al entrar, fingiendo una seguridad y confianza en mí misma de la que carecía en ese momento.

—Buenos días —Dolores parecía estar de buen humor —sírvete un café y una magdalena y siéntate a la mesa.

Dolores me señaló dónde estaba todo.

—A las nueve desayuna la señorita Ángela, así que apresúrate en desayunar y prepárale a ella el suyo y súbeselo.

—Claro —dije mientras tomaba un sorbo de café.

A las nueve en punto di unos golpes en la puerta de la señorita Ángela para avisarla de mi llegada.

—Adelante —escuché.

Abrí la puerta y me introduje en el cuarto.

—Buenos días, Julia, ¿qué tal has dormido?

—Bien —mentí, acompañando el engaño con una sonrisa.

—Claro —dijo ella —lo demuestran tus espléndidas ojeras.

Abrí los ojos sorprendida. Claro, no había espejo en el dormitorio… ¿Qué cara tendría?

—No pasa nada, Julia —dijo sonriendo —es normal… no sé si yo podría dormir fuera de este dormitorio… una vez dormí en el hospital, tuvieron que llevarme de urgencias por una bronquitis, tuve muchas pesadillas, casi ni dormí.

Sonreí. Más que hablar, disparaba palabras.

—Lo cierto es que no he pegado ojo, señorita Ángela.

—Conmigo no tienes que fingir nada… nos entenderemos mejor si

me dices la verdad.

Era tan cómodo estar con ella… cada cosa que decía iba unida a su perpetua sonrisa.

Después de desayunar le ayudé a asearse y vestirse, tal como mandaban las normas.

—Acércame las muletas, Julia.

Apoyadas en un rincón del dormitorio estaba su única forma de poder andar sola.

Las muletas eran bastante aparatosas. Eran de madera y, a la altura de su axila, estaban acabadas con una mullida almohadilla, para no hacerse daño al apoyarse en ellas.

Me sorprendió la agilidad con la que Ángela se movía con ellas.

Yo la observaba, admirándola en silencio, mientras me preguntaba si aquello habría sido fruto de un accidente o de nacimiento.

Nos aproximamos a un banco, situado en el jardín, junto a un árbol de hortensias de colores asalmonados.

Apoyó las muletas sobre el banco y me apresuré a retirarlas de su lado para que no le molestaran.

—Siéntate julia —me dijo, con su habitual sonrisa, mientras cerraba los ojos, aspirando el aroma a todo tipo de flores que inundaban nuestro alrededor, en una explosión de colores.

A unos metros, me fije que alguien se movía entre las flores.

Era un hombre joven, aproximadamente de mi edad, de piel tostada y curtida por el sol.

Repasó las hojas con los dedos, delicadamente, y se agachó para coger un cubo y regarlas, dando suaves salpicaduras con su mano, haciendo que cayeran suavemente las gotas sobre las hojas.

Ángela se percató de que yo estaba observando.

—Es Félix, el jardinero. Lleva desde niño con nosotros.

Las dos le miramos y él se volvió hacia nosotras, sintiéndose observado.

Levanto la cabeza a modo de saludo.

—No es muy hablador —dijo la señorita, mientras me miraba sonriente y cerraba los ojos de nuevo, sin darle importancia alguna.

Las obras terminaron en dos meses, tal como se había estipulado en el contrato.

Había mandado quitar el papel de las paredes y elegido otro, ya que arreglar las paredes suponía un gasto que no me podía permitir.

En las habitaciones de la planta superior pudimos dar colores claros, para dar luminosidad.

Sobre todo en el último cuarto insistí mucho para que le quitaran aquella tristeza que me martirizaba cada vez que entraba, como si entrase en un sanatorio olvidado.

La empresa me aconsejó que pintara los azulejos del baño, para abaratar costes y darle un toque de color. Quedé encantada con el resultado.

Dejé los muebles de origen, ya habría tiempo de cambiarlos.

Solo me quedaban ya los últimos retoques y algunas compras para personalizarla.

Llevaba las manos cargadas de bolsas y decidí pararme a tomar un café, antes de marcharme del centro comercial.

Elegí la cafetería de siempre, que servía un café exquisito y trozos de tarta casera de muchas variedades.

Estaba acomodándome en la silla cuando sentí unos dedos tocar mi hombro.

Me giré para ver quién era y me quedé muda, sin moverme, sin respirar.

Habían pasado muchos años, pero la reconocí al instante.

Carmen me miraba con cierto recelo, sin saber cómo reaccionaría yo, pero estaba claro que quería saludarme.

Lo pensé durante unos segundos. Tantos años y su valentía al reconocerme y llamarme merecían al menos un saludo, incluso sentí cierta añoranza.

Se conservaba bien. Llevaba unos vaqueros azules y una camisa blanca, se mantenía en forma y, la verdad, nunca habría imaginado una Carmen tan fina, con el cabello arreglado, y la manicura perfecta.

—Hola Carmen —dije, sin saber si darle dos besos o, simplemente, mantener la distancia.

Ella sonrió, pareció respirar aliviada por mi reacción.

—Hola —dijo sonriendo, algo nerviosa —¿Qué tal todo?

—Bien… bien —corroboré, sin saber si darle explicaciones de nada —de compras.

Pareció pensativa, hasta que decidió tirarse a la piscina.

—¿Te importa que me siente y compartamos unos minutos, mientras tomamos café?

Me pilló desprevenida, no pensé que se atreviera después de tantos años. ¿Me importaba? Oh, Dios, que difícil decisión en

segundos…

—No, claro que no —salió de mi boca sin autorización.

Carmen sonrió, mientras retiraba su silla para sentarse y pedía otro café para ella.

Durante el tiempo que tardó en servirnos la camarera no articulamos palabra. Yo esperaba que ella tomase la iniciativa, después de todo era ella quien había querido sentarse a acompañarme… y así fue.

—Oye, Claudia… sé que han pasado la tira de años, y que, probablemente, estarás pensando que soy estúpida, queriendo darte una explicación, después de tanto tiempo…

Me desconcertó aquello.

—No —dije —para nada… si hay una explicación me gustaría saberla… a pesar de que ya no tenga ninguna importancia.

Me sorprendió que si la tuviera, y que, en ese momento, no hubiese nada más que yo quisiera saber.

—Aquella nota… Claudia… sé que te sentiste traicionada.

—Claro… —dije, recordando el dolor que sentí aquel día como si acabase de ocurrir.

—Realmente yo… no estaba enamorada de aquel chico…

—Si… eso suponía, por eso no lo entendí jamás…

—Claudia, yo, en realidad, estaba celosa… porque yo… estaba enamorada de ti…

Tragué saliva y abrí los ojos tanto como ella aquél día.

Cogí mi taza de café y bebí, mientras no podía dejar de mirarla, con sus ojos tristes, seguramente por pensar que había dejado pasar demasiado tiempo y, mientras yo, sentía pena de que no me lo hubiera explicado en aquel momento, pero al mismo tiempo, pensaba que si no hubiese sido por aquella circunstancia… es muy probable que no estuviese a punto de entrar a vivir en aquella casa a la que me mudaría en una semana.

JULIA

Los primeros días pasaron rápido. Dolores me explicó cómo moverme en aquella casa y me dio algunos consejos importantes.

Cada día, al bajar al jardín, la señorita Ángela me pedía que le leyera un capítulo del libro que estaba leyendo cuando yo llegué. Ana Karenina.

—Es mucho más emocionante si alguien te lo lee, Julia. Puedo imaginarme todo, solo con cerrar los ojos, incluso sentirlo.

Y creo realmente, que aquel momento, era para ella el mejor del día. En el que era capaz de sentirse otra persona, soñar despierta, pero con los ojos cerrados, mientras respirábamos ambas el aroma de la libertad, en aquel jardín mágico, como si fuéramos parte de la novela que estábamos leyendo.

"Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada"
Ana Karenina.

Esa era su frase favorita, me confesó, como también me confesó no ser la primera vez que leía aquel libro y que tampoco sería la última.

Le fascinaba la ajetreada vida de Ana, enamorada de otro hombre, distinto a su esposo, sin poder evitarlo, sabiendo que era el hombre al que la hermana pequeña de su cuñada amaba, sin ser correspondida, porque él también estaba enamorado de ella.

—¿Alguna vez te has enamorado Julia?

—No… en mi pueblo no había tiempo para enamorarse señorita, y tampoco pude apenas moverme de mi casa.

—Yo tampoco —dijo ella visiblemente apenada —una vez creí enamorarme —dijo sacando una enorme sonrisa divertida y, entre carcajadas, me explicó —vino un joven médico a verme. Me trató muy bien, me pareció que me miraba de forma diferente a la mirada de un médico… —volvió a sonreír y puso los ojos en blanco —pero todo eran imaginaciones mías… me recetó unas medicinas y jamás volvió.

Nos quedamos durante un rato en silencio. Creo que ella rememoraba aquel instante y la mirada de aquel médico.

—¿Le han visitado muchos médicos, señorita Ángela?

—Más de los que me gustaría —dijo, mientras suspiraba y me apremiaba a coger las muletas para volver a su cuarto.

Una vez que hubimos subido, la señorita me pidió que bajara al jardín y le pidiera a Félix unas flores para alegrar su cuarto.

Félix estaba de espaldas, recogiendo las hojas caídas en el suelo.

Me quedé observándole y, finalmente, me decidí a llamarle.

Él se volvió sorprendido. Se puso nervioso, le dije que cualquier flor era perfecta, la señorita no quería nada especial. Se esforzó en recoger un ramo espléndido.

Me lo acercó mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Podría hacerte uno también para tí, Julia — dijo sin parar de mirarme, y me puse nerviosa.

—No es necesario, y no creo que a la señora le guste que tenga flores en mi cuarto.

El me miró durante unos segundos más en silencio.

—Claro —dijo. Y se volvió de nuevo a sus quehaceres.

Yo también me di la vuelta y me dirigí hacia casa, no sin antes echar un vistazo a la ventana de la señorita Ángela, que dejo caer la cortina justo después de que la pillara mirando.

CLAUDIA

Cuando mis padres vieron la casa por primera vez ya era una casa habitable.

No quise que la vieran antes, a pesar de su insistencia, sobre todo por parte de mi madre, que temía (y con razón) que fuese otra de mis locuras.

Yo era una chica de impulsos, nada me parecía imposible.

Siempre pensé que las cosas se hacían con el corazón y no con la cabeza, por eso tantas veces me había dado de bruces con la realidad, pero esas eran las cicatrices que formaban mi personalidad, la Claudia que se atrevía con todo, aunque también sintiera miedo, un miedo al que le podían las ganas de conseguir lo que quería, aunque luego tuviese que borrar aquellas locuras con lágrimas.

Siempre, siempre, merecía la pena intentarlo.

Mis padres jamás hubiesen imaginado una casa así para mí.

—Pero hija, ¿no es demasiado grande para ti? —dijo mi madre al entrar al jardín.

—Yo sé lo que buscas, pequeñaja… —añadió mi padre —por fin podrás tener los bichos peludos que tu madre y yo no te hemos dejado tener ¿no?

Sonreí ampliamente.

—¡Por fin! —dije mientras estiraba los brazos.

—Huele a lavanda —dijo mi madre observando a su alrededor.

—Si —dije arrugando la nariz —es algo extraño porque no he visto lavanda en el jardín. Incluso le pregunté al jardinero, pero me corroboró que no había lavanda… puede que el olor venga de otro sitio… no sé.

Avanzamos hacia la casa, les pareció increíble. Finalmente, mi madre me dio el visto bueno.

—Parece que tengo que darte la enhorabuena hija… has tenido muy buen gusto.

Aquella tarde, cuando mis padres se marcharon, decidí dar un paso al frente, uno de esos pasos de Claudia, de los de cerrar los ojos y no pensar en si era la decisión más acertada o no. Simplemente me apetecía.

Marqué su teléfono y esperé que respondiera y que no tuviera que posponer aquello porque puede que esa fuera la ocasión y no otra.

Allí estaba él, como siempre.

Le invité a venir a conocer la casa.

—¿Llevo vino? —preguntó.

—Como quieras, pero cenaremos pizza —contesté sonriendo.

Y allí apareció, como si volara, con dos botellas de vino bajo su brazo.

Durante un par de semanas no vi a los señores.

Al parecer, habían estado de viaje de negocios y, para mí, fue un alivio para mi adaptación a la casa.

Poco a poco fui conociendo sus costumbres.

Dolores me fue enseñando lo que debía hacer, y me fui adaptando a Ángela y lo que necesitaba.

En mi día de descanso, salí a pasear con Ángela por la mañana al jardín, a pesar de que no formaba parte de mis obligaciones.

Ella me lo agradeció enormemente, ya que comprendió que, para mí, no solo era trabajo, si no que podíamos llegar a ser amigas.

Félix paseaba por allí.

Se acercó a nosotras cuando estábamos a punto de regresar a la casa.

—¿Quiere que le haga un ramo antes de salir, señorita Ángela?

—¡Estupendo, Félix! —dijo ella mientras me miraba —y otro para Julia.

—No… no es necesario, señorita Ángela, de verdad, yo…

—Que si, ¿Cómo no? ¿Qué flores son las que más te gustan?

Recordé de repente a mi padre, llegando con su ramo de lavanda en la mano, de vez en cuando, para regalármelo, con su increíble sonrisa, después de haber estado todo el día trabajando, agotado.

—La lavanda —dije respirando hondo para no llorar, presa de la melancolía.

—¿La lavanda? —preguntó ella sorprendida —¿no las rosas, ni las margaritas? ¿lavanda?

Asentí.

Félix se apresuró a un rincón del jardín, para traerme un ramo increíblemente grande, pasando por alto la prioridad de la señorita Ángela, que lejos de desconcertarle su olvido, resplandecía con una enorme sonrisa, mientras me miraba y me guiñaba un ojo.

CLAUDIA

No sabía cómo acabaría aquella cita, ni tampoco quise pensar en ello.

No era una chica de hacer planes, me lanzaba al vacío con asiduidad, pese a los consejos de mi madre.

Piensa Claudia, no puedes hablar sin más, a veces puedes hacer daño a otros, incluso a ti misma.

Era cierto, a veces ser impulsiva no era, para nada, la mejor de las ideas, pero no podía evitarlo, yo era así, y así debían quererme.

Preparamos la mesa juntos, bromeando sobre la inauguración de la casa.

—Me alegra ser el privilegiado que disfrutará de la primera cena en tu casa.

Sonreí.

Podría haber hecho una cena de tres. Seguro que a Roxana le habría encantado, pero tendríamos mejor una comida de amigas.

No era un plan, como siempre, era el resultado de una idea impulsiva que se me había ocurrido esa misma tarde.

Quizás puede que, en algún momento, temí pasar sola la noche. Si… creo que fue eso, y que en algún momento mi cerebro decidió que, si todo salía bien, aquella noche no dormiría sola.

Pero no era un plan, solo era una idea que iría averiguando sobre la marcha.

Y, a pesar de que no era un plan, me preparé para una noche romántica, por si lo era, con la mejor lencería que tenía, guardada en el armario con la etiqueta por si algún día se daba la ocasión.

Cenamos entre risas, como solía ser el tiempo que compartía con él, pero cada minuto le veía de forma distinta, ya no como Mateo el compañero de trabajo, el amigo.

Sentía ese cosquilleo que se siente cuando alguien te atrae mucho, y un calor en las mejillas, producido por su compañía y por la botella y media de vino que llevábamos y que teníamos pensado acabar.

Recogimos la mesa, y la idea de ver una película después de la cena se complicó, cuando él se acercó con cuidado de no meter la pata, lentamente con su silla a la mía.

Se acercó cautelosamente, pero tropezó con la silla y acabo arrastrándola, haciendo un ruido espantoso, provocando mi risa y, posterior a su vergüenza, la suya, acabando con una enorme carcajada que acabó en un misterioso y maravilloso beso que, lejos de ser nuestro primer beso romántico, fue un vertiginoso cauce de sensaciones fogosas y caricias.

Le desabotoné la camisa con prisa, me levantó el vestido, me sentó sobre la mesa, retirando los platos de pizza, enredó sus dedos en mi pelo y yo en el suyo, me cogió en brazos, subió las escaleras, me

miró, le indiqué el dormitorio, me soltó suavemente sobre la cama y disfrutamos de un rato increíble, llevados por el sopor del alcohol y la espera de realizar aquello que habíamos deseado ambos, quedando tirados en la cama, respirando profundamente y acelerados, con una sonrisa de plan no planeado, mirándonos después sin hablar, durante bastante rato.

JULIA

Nos dirigíamos ya hacia la entrada cuando sentimos el ruido de motor de un coche.

Nos volvimos ambas y comprobamos que los señores volvían de su viaje.

Antonio abrió la puerta del coche, dejando salir a la señora, y se apresuró a descargar el equipaje, mientras los señores se dirigían hacia la entrada, uno detrás del otro, cada uno a sus cosas, sin prestarse ninguna atención.

La señora pasó junto a nosotras y me miró, como sorprendida, mientras torcía el labio.

—¿Se puede saber que hacéis aquí a estas horas?

Se fijó en mis manos.

—Espero que le des uso a esas hierbas fuera de esta casa.

Yo la miré, apretando los labios para no contestar.

—Son para su habitación, Raquel, fui yo quien se lo pidió a Félix.

Se miraron desafiantes.

—No olvides que soy la dueña de esta casa, Ángela. Y no he dado orden de que las sirvientas puedan subir flores a su cuarto, mucho menos ese matojo de hierbajos…

El señor llegó a nuestra altura, sorprendido por la discusión.

—¿Todo este jaleo es por esas flores?

Abrió los brazos con desesperación.

—No vamos a permitir tirarlas después de cortadas, mujer… —dijo mientras la tocaba el hombro para que avanzara.

—¿Vas a quitarme autoridad, Ricardo? —dijo mientras le miraba, visiblemente molesta.

—Nada más lejos de lo que pretendo, cariño, solo que, por esta vez, deja que se las lleve…

Tras un breve espacio en silencio, avanzó sin mirarnos y siguió su camino, dejando unas últimas palabras.

—Que no vuelva a ocurrir.

Yo apreté con fuerza el ramo de lavanda que, minutos antes, me recordó tanto a mi padre.

El señor nos miró al pasar, siguiendo los pasos de su mujer, lanzándonos una mirada de disculpa que Ángela no aceptó, mientras me cogía de la mano para tranquilizarme.

Me preguntó si quería que se fuese, le dije, por supuesto, que no.

Me abrazó sorprendido, agradecido por la propuesta de que pasara allí la noche, repasó mi cara con sus dedos, mirándome a los ojos con un brillo que nunca antes había visto.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —dijo de repente mientras me miraba con una sonrisa pícara.

—Hmmmm… no se… —dije sonriendo, deseando que me lo contara.

—¿Recuerdas aquella vez que vino tu novio a verte al trabajo y no pudiste cenar con él porque llamó aquella clienta tan especial para Roxana, para cerrar aquel trato?

Lo recordaba.

—No era mi novio —dije con espanto —Solo era una segunda cita con un tío…

Sonrió.

—Ya. Pero, ¿te acuerdas?

—Si… sí que me acuerdo. La muy pesada llamó a última hora, cuando estábamos a punto de echar el cierre, para cerrar un trato que creí perdido hacía tiempo.

—Fue Roxana quien pidió que llamara.

—¿Cómo?

—Ella sabía que yo… en fin. Los dos pensábamos que aquel tío engominado no te pegaba nada.

—Por Dios —dije sorprendida —¿Me lo estás diciendo en serio?

Asintió.

Los dos reímos a carcajadas.

—Ya hablaré yo con Roxana.

—¿De esto también le hablarás?

—Claro —dije —somos amigas.

—¿Y de esto? —dijo, mientras volvía a jugar con sus manos bajo la sabana.

De madrugada me despertó la luz del dormitorio.

Abrí los ojos lentamente, intentando acomodarlos a la luz.

Me pareció que Mateo tenía la cara desencajada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No sé, no me hagas caso —dijo tragando saliva —me levanté al baño y me pareció que alguien pasaba por el pasillo, me volví a mirar, pensando que eras tú y se cerró la puerta. Pero sería el aire. Es una bobada.

—Sería el aire —dije yo, mirando hacia el pasillo sin querer mirar, deseando creerme a mí misma y recordando, de repente, la sonrisa de aquella criada cuando era niña.

¿De qué me sorprendía? Pensé. ¿No era por eso por lo que estaba

allí?

¿Sería capaz de aguantar mucho tiempo viviendo sola allí? ¿Saldría él espantado?

Esperé a que se tumbara en la cama y retiré la sabana. Lo mejor era olvidar aquello y no encontré mejor forma de hacerlo que enredándome con él entre las sabanas.

JULIA

Acomodé el ramo en la mesilla, junto a la cama, respirando el olor inconfundible de la lavanda, mientras cerraba los ojos y me trasladaba a mi hogar.

Recordé a mi padre, sus arrugas, su camisa sucia tras la jornada.

Recordé a mi madre, esperándole en la cocina con una sonrisa.

Siempre se besaban cuando él llegaba del trabajo, y yo siempre pensaba que, si algún día me enamoraba, recogería esa costumbre como si fuera mía porque me encantaba.

Me desnudé tranquilamente y me di un baño antes de dormir.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando noté abrirse la puerta discretamente.

Giré la vista hacia la puerta sorprendida y vi entrar a la señorita Ángela con una muleta y su dedo índice puesto en los labios pidiéndome silencio.

—¿Pero, qué haces aquí? —pregunté en un susurro.

—Calla —dijo sonriendo, con una misteriosa mirada llena de adrenalina.

—Si nos pilla la señora nos va a matar. Bueno, a mí, como mínimo, me va a despedir.

—Mi hermano no lo permitiría —dijo ella mientras se dejaba ayudar por mí para dirigirla con cuidado hasta mi cama.

—Ay que ver en que líos me mete, señorita. Entre el ramo con Félix, luego con la señora, y ahora con esta temeridad…

Resoplé.

—Esto es lo más interesante que podemos hacer en esta aburrida casa.

—Si, pero….

—Pero nada, Julia, que la vida son dos días.

La miré, algo asustada por la situación, pero contenta de que estuviera ahí, haciendo más amenos aquellos duros momentos lejos de casa.

—¿Echas de menos tu hogar, Julia?

—Ya lo creo… —dije cerrando los ojos, recordando las llamas incandescentes en la chimenea, mientras removía las brasas con un palo que siempre descansaba junto al fuego.

—¿Cómo era tu madre?

Su mirada se perdía en el techo del dormitorio, en penumbra.

Las dos en camisón, cubiertas hasta el cuello con mi manta, tumbadas boca arriba.

Sonreí al recordarla.

—Mi madre era la persona más buena que conozco —La miré. Permanecía mirando al techo con los ojos muy abiertos mientras me escuchaba. La imité —Se levantaba temprano, junto a mi padre, para

hacerle el desayuno y sentarse a su lado en la cocina. Trabajaba en casa sin descanso. Le esperaba siempre, a cualquier hora, y a él le encantaba eso, jamás iba a la bodega con los demás. Le gustaba su hogar. Su mujer. Hablaban mucho, y reían —la miré y me miró, sonreí de nuevo —Se amaban. Hasta el final.

Una lágrima brotó de mis ojos sin que yo pudiera pararla.

—Me encantaría poder amar así, y que me amasen de igual forma —susurré.

—A mí también —dijo ella, justo antes de que la puerta se abriera de golpe.

CLAUDIA

Durante unos días seguí acomodando el contenido de mis cajas en los armarios, haciendo limpieza y colocando cortinas.

Mateo venía a ayudarme, pero ningún día le ofrecí quedarse a dormir. Me daba miedo que no quisiera, y prefería no saberlo.

Nuestra relación estaba en ese momento de sí, pero no, de querer ser algo, pero no ponerle nombre, sin embargo, algo en mí se había removido como un resorte, un engranaje que había encajado a la perfección con él, algo que jamás me había pasado.

El otoño estaba empezando y las hojas caían sobre el jardín, dejando un manto sobre el suelo, que me hacía trabajar a diario para que no se formara un resbaladizo pasaje junto a la puerta.

Una mañana, mientras recogía, bastante temprano, las hojas en uno de los rincones del jardín que aún no había pasado a limpiar, volví a sentir el olor a lavanda.

Me paré en seco y miré a mi alrededor. Me pareció escuchar una respiración que cortó la mía.

No me atrevía a moverme, tampoco sé si habría podido hacerlo.

Agarré con fuerza el palo del rastrillo por si tenía que utilizarlo como arma.

—¿Quién anda ahí? —pregunté agudizando todos mis sentidos.

Noté un crujido de hojas y pegué un salto hacia atrás, volviéndome rápidamente hacia todas partes, con el corazón a mil por hora, a punto de ponerme a llorar de miedo.

Zarandeé el rastrillo hacia todos lados. Todo estaba oscuro, aún no había terminado de amanecer, el cielo era de color púrpura y no había luz en ese lado del jardín.

Me volví hacia la fachada de la casa, calculando el tiempo que podía tardar en llegar hasta la puerta.

Escuché de nuevo un susurro, una voz que parecía femenina, pero no entendía. No había nadie, o al menos no lo veía.

—¿Qué quieres? —Clamé.

Escuché perfectamente unos pasos alejarse lentamente sobre las hojas.

Miré hacia aquel sonido, pero no había nadie. Sin embargo, las pisadas se definían en el suelo ante mi terror y asombro.

Corrí en dirección contraria en cuanto mis pies me respondieron, tirando el rastrillo, solo al llegar a la puerta.

Cerré de un portazo, sin saber si dentro estaba más segura que fuera.

—Vosotras estáis locas —susurró el señor, enfadado —Y tú más, porque ella aún no sabe las consecuencias de tus locuras —dijo sacándola suavemente de la cama, en brazos.

Yo le miraba avergonzada.

—Lo siento —acerté a decir.

—La culpa es de Ángela, pero procura no seguir sus impulsos. Trae la muleta al dormitorio, y no hagáis ni un ruido mientras llegamos hasta allí.

Atravesamos el pasillo como fantasmas, sin apenas respirar.

Volví a mi cuarto de puntillas y, al atravesar la puerta del dormitorio, noté una bofetada en la cara que me hizo gritar. Nunca antes me habían pegado.

La señora me miraba, apretando los labios. Me agarró del brazo, zarandeándome con fuerza.

—¿Te estás riendo de mí, mocosa?

Yo negaba con la cabeza, mientras las lágrimas caían por mi rostro, sin poder levantar la mano de la parte dolorida.

—¡Arrodíllate! —gritó.

Doblé las rodillas, bajando la cabeza.

—¡Mírame!

Alcé la cabeza para comprobar su rabia. Llevaba una tabla de madera en su mano.

—¿Recuerdas las normas?

Asentí, sosteniendo a duras penas un sollozo.

Levanta las palmas de las manos.

Retrasé unos segundos el momento. Me sentía aterrada.

—¡Es culpa mía! —escuché a Ángela en la distancia —¡castígame a mí! ¡por favor! ¡es culpa mía!

—¡Cállate! —gritó mientras colocaba mis manos más arriba —¡Cállate o la pegaré más fuerte! ¡Pídeme perdón! —gritó mientras levantaba la tabla.

Sollocé.

—Lo siento —dije —No volverá a….

Noté el golpe en las palmas de mi mano con fuerza.

Lloré.

—¡No te oigo! —gritó, mientras levantaba de nuevo la tabla.

—Lo siento —volví a decir, levantando un poco la voz entre sollozos.

—¡Lo siento, señora! —gritó.

Volvió a levantar la tabla. Me escocían las palmas de las manos.

—¡Lo siento, señora! —repetí llorando.

Otro latigazo me arrancó un poco de piel en la palma de la mano, empezó a sangrar un poco.

—¡Pídeme perdón, no te oigo! —gritó mientras empezó a pegarme con fuerza en la palma, sin control.

Me dolía, las manos me ardían, yo ya solo lloraba mientras, entre sollozos decía “lo siento”, cada vez con menos fuerza, deseando que se cansara de pegarme.

El señor atravesó el pasillo corriendo y forcejeó para quitarle la tabla de las manos.

—Ya basta —dijo —ya es suficiente, creo que lo ha entendido. Vete a descansar, ya me ocupo yo.

La señora pasó junto a mí, empujándome al pasar, haciéndome caer al suelo, derrotada por el dolor y las lágrimas, y un dolor en el alma que jamás había sentido.

CLAUDIA

Una vez dentro de casa me dirigí a la cocina, con la respiración de un oso, encendiendo todas las luces que encontré a mi paso.

Me adentré en la cocina y encendí la radio, tan alta que me costó acostumbrarme.

Marqué él número de Mateo y le pedí que viniera a recogerme para ir juntos al trabajo y decidí, en ese preciso momento, que adoptaría un perro.

Cuando Mateo llegó, yo aún temblaba.

En un principio consideré no contarle aquella descabellada historia pero, como explicarle entonces mi ataque de nervios.

Por otra parte, empezar una relación a base de secretos no estaba en mis planes. Ni siquiera en mis planes no planeados.

Me alegré de que aún no estuviera arreglada la cerradura de la verja. La cadena permanecía enrollada en la puerta para aparentar que estaba cerrada, pero solo Mateo y yo sabíamos que no lo estaba.

Se asustó al verme. Lo noté en su cara al abrirle la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó, rodeándome con sus brazos al escuchar mi inevitable sollozo, presa de una inexplicable mezcla de sensaciones de miedo, sorpresa y bastante vergüenza por no poder controlarme.

Dejé que me consolara hasta que mi cuerpo empezó a recomponerse.

—No quiero parecer una paranoica, Mateo —dije retrasando el momento de explicar lo sucedido, y decidiendo en aquellos últimos minutos si hacerlo o no.

Me senté junto a la mesa de la cocina.

Me acompañó.

—Si vas a decirme que ocurre algo extraño en esta casa no me pillará de sorpresa, Claudia. Yo también lo he sentido. Si es otra cosa te agradecería que confiaras también en mí para contármelo.

Me sentí más tranquila al escucharle y decidí contárselo mientras tomábamos una tila en la cocina.

Al terminar, Mateo me agarró la mano, cruzándola sobre la mesa y me ofreció quedarse a convivir conmigo si yo se lo pedía.

Accedí, pensé que era el momento, lo necesitaba.

—Pero adoptamos igualmente —dije, sonándome la nariz con una servilleta de cocina.

—Por supuesto —dijo mientras sacaba una sonrisa, del fondo del baúl de gestos adecuados para confortar a alguien.

JULIA

Hecha un ovillo en el suelo, bañada en lágrimas y humillada, solo podía pensar en mi hogar.

Recogería mis cosas cuando fuera capaz de levantarme de aquel frio suelo y volvería a mi casa.

Me imaginé con la maleta y la cabeza agachada, volviendo a la casa donde había dejado un hombre lleno de ilusiones por el futuro de su única hija.

Imaginé a mi madre, allí donde estuviera, decepcionada por mi abandono.

La recordé a ella, pálida como la luna, en sus últimos momentos, rota de dolor, sabiéndose más en el cielo que en la tierra, luchando hasta el final.

Y jamás se rindió. Me sentí frágil como una pluma.

De mi dependía volar contra el viento o dejarme arrastrar por él.

Sentí su mano sobre mi hombro, levanté la mirada, y le vi entre borrones, tras la cortina de lágrimas, tenderme la mano con una mirada triste, infinitamente abatida.

No me moví, permanecí allí tirada, encogida, mientras le miraba.

—Venga, Julia —me dijo —le curaré esas heridas.

La voz del señor Ricardo sonó como un bálsamo sobre mí. Volví a mirarle y acepté su mano.

Me levanté despacio, intentando recomponer mi falda con las manos, sintiendo un dolor agudo que me hizo recordar las heridas producidas por la tabla de madera.

Miré mis manos en silencio.

—Acompáñeme Julia —dijo mientras se dirigía hacia el baño, volviéndose para asegurarse que le seguía.

Abrió el armario del baño y sacó vendas y algunos botes.

Me instó a que me sentara en la banqueta que había junto a la bañera, donde solía dejar yo mi ropa cuando me daba el baño.

No hablaba, solo se movía despacio entre las vendas y botes medicinales, como si toda la vida se hubiese dedicado a curar heridas.

Me cogió la mano suavemente y limpió la herida con sumo cuidado de no hacerme daño.

A veces alzaba la mirada para mirarme, supongo que para comprobar si me hacía daño.

Comenzó a envolver la mano con la gasa, despacio, mientras sus dedos tocaban los míos con la otra mano.

Ya no dolía. Por un momento, incluso olvidé lo ocurrido hacía unos momentos.

Terminó de curarme y retiró mi pelo empapado de lágrimas de la cara.

—Ángela está muy disgustada. No sé si podrá perdonarla pero,

por favor, inténtelo. Se arrepiente muchísimo de haberle causado tanto daño.

—La culpa es mía —dije yo —no cumplí con las normas. Era cosa mía.

—Dichosas normas… espero que no se vuelva a casa.

Me quedé en silencio. Aun no lo había decidido del todo pero, no podía volver así a casa, sin un futuro con el que llenar de orgullo a mi padre, y a mi madre donde quiera que estuviera.

—Este domingo puede ir a la biblioteca. Seguro que le encantará, mi esposa sale de viaje el viernes. No se precipite en su decisión.

Me miró de nuevo.

—Por favor —suplicó.

—De acuerdo —dije mientras le miraba, con un mordisco en el corazón tras el roce de sus dedos —lo pensaré.

—Vuelva a la cama y descanse, Julia —dijo cruzando el dormitorio y cerrando la puerta tras de sí, sin mirar atrás.

CLAUDIA

Desde la oficina, contacté con una de las protectoras de la ciudad, con la que había colaborado en varias ocasiones llevándoles comida y visitando alguno de sus mercadillos.

Estuvieron encantadas de recibirme.

Solo una vez había estado dentro del recinto de la asociación. Mi corazón no estaba preparado para ver aquello.

Cada uno de aquellos animales indefensos me miró en aquella ocasión con una tristeza que me quemó el alma.

Saltaron sobre la valla, ladrando, pidiéndome que les llevara a casa. Y, en aquel momento, no podía llevarme ninguno, solo fui a hacer una aportación, sin calcular el dolor que me causaría aquello, y la impotencia de no poder librarles de su encarcelamiento.

Sabía que aquella tarde sería dura para mí. Salvaría de su atadura a uno de ellos, pero me causaba angustia dejar atrás al resto.

Le comenté mi sufrimiento a Mateo, que me aconsejó que me dejara llevar, el perro adecuado me llamaría, y lo sabría nada más verlo, me dijo. Y yo le miré sorprendida, creyendo fielmente en sus palabras.

No podemos salvar a todos, Claudia, pero si quieres, podemos hacer una visita también a los gatos.

Sonreí.

—Creo que es una magnífica idea.

Y así, con ese pensamiento, fuimos a buscar a nuestros compañeros de vida a aquella finca a las afueras.

JULIA

A la mañana siguiente bajé a la cocina como todos los días.

Al entrar en el habitáculo noté un silencio incómodo.

Dolores acababa de preparar café caliente y me lo puso sobre la mesa, mientras me miraba y suspiraba.

Se acomodó junto a mí en otra silla y me cogió las manos doloridas y tapadas por las vendas, mirándome fijamente a los ojos.

—Querida… en esta casa puedes vivir cómodamente, o en un infierno. Es difícil no complacer a la señorita Ángela, pero debes decidir.

Su mirada me recordó a la de mi madre, cuando intentaba reprenderme.

La miré directamente a los ojos.

—Tomate esto, te reconfortará. Además hice bizcocho esta mañana.

Entró Antonio, pero no hizo ninguna broma, solo me miró y me revolvió el pelo al pasar. Cogió un trozo de bizcocho y salió de la cocina, sin hacer ningún comentario.

Cuando subí a la habitación de la señorita Ángela la encontré tapada con la sabana hasta la cabeza.

No se apreciaba ni un pelo de su cabello por encima de la sabana.

Me acerqué con cuidado y retiré la sabana de su cara.

Tenía los ojos hinchados de llorar y la cara completamente empapada de lágrimas.

—Lo siento tanto, Julia… soy una maldita inconsciente —dijo sollozando.

—No es culpa suya, fui yo quien incumplió las normas…

—No es verdad, tú solo me acogiste y cediste en mis tonterías. No sabes cuánto lo siento. Entiendo que no me perdones jamás.

No me miraba, le avergonzaba hacerlo.

La acaricié la cara con mi mano vendada.

—No sufra más por eso, señorita Ángela. No hay nada que perdonar.

Fue entonces cuando me miró entristecida, sin poder parar de llorar, mientras observaba de nuevo las vendas de mis manos y las acariciaba, dando pequeños suspiros para intentar parar el sofoco que tenía.

—Que mujer más horrible —dijo mientras me miraba, y aquellos ojos pasaron de la ternura al odio en apenas un segundo —Nunca será feliz. Mi hermano no la ama, y ella no puede soportarlo.

Yo la miré sorprendida.

—Pero están casados, ¿no se aman?

—Fue un matrimonio de conveniencia, Julia, entre las familias acomodadas es muy habitual.

Le ofrecí el café y empezó a reconfortarse.

—Habrá que hacer un buen trabajo de aseo hoy para tapar estas caras nuestras, tan desastrosas… —dijo ella, sonriendo por primera vez aquella mañana —Y después bajaremos al jardín a que nos caliente el sol y respirar aire puro, que falta hace en esta casa.

Después de aquello salimos al jardín y nos sentamos en el banco, mientras cerrábamos los ojos disfrutando del sol.

CLAUDIA

Volvimos a casa con una hembra de labrador color crema.

Su historia me conmovió cuando una de las chicas me dijo que había sido abandonada a su suerte en una caja, cerrada con precinto, junto a un cubo de basura, y que unos niños, al escucharla llorar, avisaron a sus padres, que la llevaron inmediatamente a la asociación.

Cuando llegamos al hogar de los gatos fue Mateo quien se decantó por dos hermanitos, uno blanco y otro negro, a los que no querían separar porque habían sido dejados en la asociación con casi un año, habiendo vivido en una casa juntos hasta entonces.

Así que volvimos a nuestro hogar siendo familia numerosa, con una gran sonrisa en la cara, y el alma llena del cariño que habían mostrado los tres al salir de aquella jaula.

Como no podía ser de otra manera, a nuestra perrita la llamamos Hathor.

El nombre de los gatos los eligió Mateo, que les puso Venus y Eros, para que los tres reyes de la casa fueran Dioses del amor, tal como, en algún momento en la historia de la casa, lo fuera la dueña de aquel cuenco que encontramos en la biblioteca.

Así empezaba una prometedora vida juntos, unidos por el destino, o lo que fuese que nos había llevado a todos allí.

JULIA

Sentí el aire en mi piel como si llevara días sin oxígeno.

Respiraba profundamente mientras, en mi mente, aparecían recuerdos nostálgicos que me reconfortaban el alma dolorida.

Vi a mi padre con su ramo de lavanda aparecer junto a la puerta, sentí su olor, tan real…

Abrí los ojos y me encontré de bruces con Félix, que me ofrecía un ramo de lavanda en silencio.

—Se que ayer no tuvo un buen día… —dijo mientras me miraba.

—Muchas gracias Félix, pero no puedo aceptarlas. No creo que sea muy oportuno subir flores hoy a mi cuarto.

—Claro… —dijo, bajando la cabeza —la señora no….

—Podemos subirlas a mi cuarto —dijo la señorita Ángela mientras le guiñaba un ojo a Félix.

—No se… —dije yo.

—Por otra parte —me cortó él, mientras me acercaba las flores, insistiendo en que las cogiera.

Miré a la señorita, que me hizo un gesto de impaciencia, casi obligándome a hacerme cargo de aquel obsequio.

—¿Por otra parte? —preguntó la señorita, mirando fijamente a Félix.

—El domingo hay mercado en el pueblo, y es su día libre… si quisiera, y le apeteciera, podría enseñarle el pueblo.

No paraba de mirarme y no sabía cómo salir de aquel apuro. No quería ir con Félix a ninguna parte. Ni tampoco quería hacerle sentir mal.

Temía que la señorita se adelantara y aceptara aquella propuesta, pensando que a mí me gustaría, pero me miro a la cara y le dijo.

—Lástima… habíamos quedado ya para ir juntas a la biblioteca… otro día quizás.

—Si, quizás otro día —dije yo aliviada.

Félix hizo un gesto de decepción y se volvió sin decir nada.

—Gracias —dije apenas susurrando.

—No te preocupes… era obvio que no te hace ninguna gracia ese Félix… deberíamos practicar tus gestos para disimular… se nota tanto lo que te gusta, como lo que no —dijo mientras me guiñaba un ojo, dándome un toque en la pierna y cerrando de nuevo los ojos de cara al sol matutino.

CLAUDIA

La primera semana de adaptación fue bastante entretenida.

Se me ocurrió hacer un paraíso de gatos en la habitación que menos me gustaba de la casa.

Nos dedicamos a hacerles unas camas con cajas de madera y colchonetas. Por las paredes pusimos estanterías con troncos y colocamos en el suelo un par de rascadores, que hicimos nosotros mismos, con maderas para que afilaran sus uñas, forrando con papel las paredes simulando un bosque.

Quedó realmente acogedor y me alegré por ello, ya que nunca me sentía bien en aquella habitación.

A los gatos pareció encantarles.

Por otra parte, Hathor tenía su cama junto a la chimenea pero, por las noches, siempre acababa durmiendo al pie de nuestra cama, lo cual a mí me daba seguridad.

Durante un par de semanas todo fue normal.

Parecíamos una familia corriente, empezando una nueva vida, llena de sueños e ilusiones, pero, claro… éramos una familia normal en una casa que no lo era, y aquello empezó a notarse una noche, cuando los dos gatos bajaron erizados las escaleras y se metieron en nuestro cuarto bajo la cama.

Nos sentamos simultáneamente en la cama, mirándonos aterrados.

Salimos del dormitorio cogidos de la mano, mientras Hathor nos observaba recién desvelada por el bufido de los gatos, pero sin moverse de su sitio.

—Hay que subir —dijo Mateo mientras abría el armario junto al pasillo y agarraba el cepillo de barrer.

El corazón me iba a mil, mientras me esforzaba por escuchar más allá del pasillo.

Algo crujió en la planta de arriba. Me sobresalté.

—La madera es vieja, Claudia —dijo él para su tranquilidad y la mía.

Subimos lentamente las escaleras sin separarnos. De nuevo un crujido hizo temblar mis piernas.

—Igual no es buena idea subir… —dije deseando bajar las escaleras corriendo.

Noté una respiración a mi espalda. Me volví con el corazón desbocado y me encontré con Hathor siguiendo mis pasos. Respiré para recuperar el aliento.

Por fin llegamos a la planta de arriba. La puerta de la habitación de los gatos estaba abierta de par en par. Nos dirigimos allí.

Mateo apretaba el palo del cepillo con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

Encendí la luz del pasillo en cuanto llegué a la altura del pulsador.

Mateo avanzó, con el palo del cepillo por delante, y me soltó la mano para poder encender la luz de la habitación.

Algo volvió a crujir dentro mientras la puerta del baño de la habitación se cerraba bruscamente sin motivo alguno.

Nos miramos asustados y avanzamos lentamente hasta la puerta.

—Por Dios, sal de ahí, no te haremos nada —grité yo, presa del pánico, sin pensar qué haría si alguien hacía caso a mi petición.

Cruzamos la habitación hasta la puerta. Mateo movió el pomo y le dio con el pie para abrirla de golpe.

Se oyó claramente un quejido de mujer.

Los pelos se me pusieron de punta mientras comprobábamos que allí dentro no había nadie.

JULIA

Deseaba que llegara aquel domingo como cuando esperaba el día de mi cumpleaños.

La señorita Ángela no pudo acompañarme porque la recogió Antonio para llevarla a la revisión trimestral de su médico especialista.

Desayuné temprano, como estaba acostumbrada, y me dirigí a la biblioteca con la ilusión de un niño que va a recibir un regalo.

Abrí la puerta de la biblioteca, esperando encontrarme sola allí, y me sorprendió ver al señor, con las manos entrelazadas bajo la espalda, mirando por la ventana que daba al jardín.

La chimenea estaba encendida y hacía un calor confortable en la estancia.

Avancé, casi de puntillas, por miedo a molestarle.

—Pase sin miedo, Julia —dijo sin moverse.

—No sabía que se encontraría usted aquí —dije atropelladamente —volveré luego, no quiero incomodarle.

—Por Dios, Julia, ya sabía que vendría… yo mismo la invité ¿recuerda? —Claro que lo recordaba, cómo olvidarlo, lo que no sabía es que él también estaría allí.

Se volvió con una sonrisa a mirarme.

—¿Qué tipo de lectura le gusta? —preguntó, mientras miraba hacia la enorme estantería que se extendía hasta el techo.

—He leído libros de todo tipo, en realidad… mi padre los traía a casa cuando los desechaba su patrón. Los recibíamos como un regalo extraordinario y yo los leía en el salón, mientras mi madre tejía y mi padre descansaba en su sillón.

No nos mirábamos. Ambos observábamos la estantería llena de libros.

De pronto noté que me observaba.

—Los libros tienen alma, Julia. Nos buscan, nos encuentran… observe la estantería. Examínela bien y espere. Verá como el libro acaba por llamarla.

Miré con curiosidad al señor y volví a mirar la estantería.

Había cientos de libros allí. ¿Cómo podía saber cuál elegir sin acercarme a mirarlos?

Entonces lo vi. Allí estaba, el libro que me había elegido. Parecía sobresalir del resto, pero estaba situado en la misma posición que cualquiera de ellos. Me pareció incluso que brillaba.

Me acerqué a examinarlo de cerca. Toqué su lomo, lo acaricié con cuidado y lo saqué de su lugar, acercándomelo para olerlo.

Ya era mío, me pertenecía.

Sentí de nuevo esa antigua emoción de antaño, de nostalgia del hogar. Ese aroma inconfundible a papel y tinta.

Estaba ensimismada en todos aquellos sentimientos encontrados cuando caí en la cuenta de que no estaba sola.

Le miré y comprobé que me observaba, con gesto divertido y con curiosidad.

—Venga conmigo —dijo —siéntese aquí, en un lado del sofá, junto al calor de la chimenea.

Le seguí hasta el sofá, cuidadosamente tapizado con terciopelo de color burdeos.

Se sentó en un lado mientras me señalaba el otro extremo.

—Quiero que se sienta cómoda Julia. Sé que es difícil, pero intente recordar su hogar. Y lea como si estuviese allí. Disfrútelo.

Me senté, acomodando la falda de mi uniforme cuidadosamente. Apoyé el libro sobre mis piernas y abrí la tapa concienzudamente.

Comencé a leer, algo avergonzada al principio. Intentando situarme en mi casa.

Poco a poco me fui envolviendo en la narración de aquel libro que resultó ser una aventura desde el inicio.

Me convertí en polizón de un barco, escondida tras los barriles de cerveza de la bodega, mientras una horrible tormenta nos azotaba fuera.

Cuando quise darme cuenta, había leído más de treinta páginas. Volví a la realidad, a aquella biblioteca, a aquel confortable sofá, al calor de las brasas de la chimenea. Y le miré, y aquella mirada me taladró el alma.

Me observaba con admiración.

—No sé cuánto tiempo llevo leyendo —dije haciendo una mueca —le estoy entreteniendo, disculpe, señor Ricardo.

—Deje de disculparse por todo, Julia. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto. Tendremos que leer este libro juntos, me temo… no puede dejarme sin saber cómo continua…

Pensé en la señora y sentí un miedo que me devolvió a la triste realidad. Creo que no pude disimularlo.

—No creo que sea lo más conveniente... La señora…

—Yo me encargo, Julia. Yo la avisaré de cuándo puede bajar a la biblioteca sin temor a que ella le haga daño. Si me hace caso, ella no volverá a hacerla llorar.

No me convencían nada aquellas palabras, temía que la señora acabara enterándose, pero estaba segura de que merecía la pena correr ese riesgo.

A pesar de todo, a pesar del ingrato recuerdo que tenía de sus gritos y golpes, de aquél castigo desproporcionado, de aquél odio por una pequeña imprudencia, de aquella desobediencia que hirió su orgullo.

¿Qué podría ocurrir si llegaba a descubrir que me veía a

escondidas con su esposo? Aunque solo fuese para compartir letras…

Quizás fuera una insensata, era muy seguro que lo era, pero decidí no pensar en las consecuencias y vivir todo aquello que nunca había podido sentir, aunque fuese efímero, aunque en cualquier momento despertara de aquel sueño y todo volviese a ser como había sido hasta entonces.

Sin duda era lo más bonito que me había pasado nunca, y no aspiraba a nada parecido. Todo aquello era más de lo que nunca hubiese soñado que podía ocurrirme.

A partir de entonces, los gatos pasaban el día en su pequeño paraíso, pero al anochecer, acabábamos todos durmiendo juntos en nuestro dormitorio.

Mateo me dijo que, lo mejor, sería averiguar la historia de aquella casa.

—Está claro que algo ha pasado aquí, Claudia. Nunca creí en fantasmas, pero aquí pasan cosas inexplicables.

—Lo sé. Desde hace muchos años. Desde que aquella mujer me sonrió en el jardín, antes de dar la vuelta a la esquina de la casa. Aquella mujer no era real, Mateo, y sin embargo yo estoy segura de que la vi. Tan segura como de que vi el jardín en pleno esplendor cuando era imposible porque, para entonces, ya estaba abandonado. Aun hoy recuerdo esa sonrisa —dije mientras dejaba descansar mis pupilas en una imagen del fondo del dormitorio —recuerdo perfectamente su cara, bien definida, sus ojos, mirándome fijamente… y aun ahora me recorre un escalofrío al recordarlo.

—Podemos preguntar a Roxana. Puede que ella sepa algo. Y si no, investigaremos al antiguo propietario, tiraremos del hilo… estoy seguro de que algo averiguaremos.

—Creo que aquella mujer me llamó por algo. Y que estoy aquí para ayudarla, pero no sé cómo...

—Lo averiguaremos. Y la ayudaremos —dijo convencido —por su bien y por el nuestro… y el de estos tres peludos que se merecen un hogar en paz —dijo mientras miraba a Hathor, Venus y Eros que descansaban los tres juntos sobre la alfombra, al lado de la cama, sin separarse.

Aquella lectura se convirtió en costumbre. Ángela me avisaba cuando la señora no estaba, y el señor me esperaba en la biblioteca.

Ella parecía disfrutar de todo aquel misterio que la sacaba de su desdichada vida encerrada, de sus muletas y de su triste soledad.

Para ella era más que un juego. Era a la vez una forma cómoda de vengarse de su cuñada, a la cual odiaba infinitamente, una salida a su soledad, un golpe de adrenalina.

Nadie parecía darse cuenta de nuestros encuentros, sin ninguna mala intención, pero que podrían tener graves consecuencias.

Durante mucho tiempo fueron nuestros encuentros un motivo para vernos, para leer, para escuchar, para salir de nuestras rutinas sin más objetivo que aquel, pero, poco a poco, comenzó a ser una necesidad.

El día que no podía verle me dolía el alma, de añoranza de su risa, de sus gestos, que ya conocía de memoria, porque a veces, entre línea y línea, echaba miradas furtivas para contemplarle.

Estaba mal, y lo sabía. Pero no podía evitarlo. No podíamos. Y tampoco queríamos ni hablar de ese tema, que rompería aquellos momentos para convertirlos en algo vacío.

Uno de aquellos días, mientras Ángela desayunaba en su dormitorio, me pidió que le acercara uno de los joyeros del tocador.

Lo abrió cuidadosamente, mientras sacaba collares y pulseras que colocó escrupulosamente sobre la colcha de la cama.

—Elije uno, Julia.

La miré sorprendida.

—No… señorita Ángela, nunca tendré ningún acontecimiento en el cual lucirlo.

—No importa. Quiero que lo tengas tú, como un regalo mío. Y que elijas uno para mí, y me ayudes a elegir tela cuando venga la modista.

La miré impresionada.

—Mi hermano y mi cuñada van a dar una fiesta. Acudirá mucha gente importante, necesito una persona joven que me ayude a elegir. No puedo fiarme de Dolores, que me pondría más tapada que una monja, y de mi cuñada menos… —dijo mientras sonreía maliciosamente.

—Me encantará ayudarla a elegir —dije realmente entusiasmada por la idea.

Y nos pusimos manos a la obra, nerviosas como niñas, preparando ambas aquel acontecimiento, cual princesa y doncella.

CLAUDIA

Roxana apareció como siempre, con ese brillo que desprendía siempre, con el portátil y un montón de carpetas que dispersó por toda la mesa del salón.

—Prepararme un café, que necesito despejar todos mis sentidos —dijo acomodándose en la silla, mientras Hathor la olfateaba los pies.

Mateo se dirigió a la cocina, mientras yo me sentaba frente a ella y la observaba, algo nerviosa.

—Bueno… y ahora me tendréis que explicar a qué viene todo esto —dijo mientras cruzaba los dedos de sus manos por encima de la mesa, mirándome bajo sus lentes —porque, si no recuerdo mal, es la primera vez que os preocupa la historia de una casa..

—Lo cierto es que hay algo que no sabes… y que no te hemos contado por miedo a parecer unos puñeteros neuróticos.

Roxana abrió mucho los ojos.

Le conté todo, desde el principio, desde mi llegada a aquella casa con mi bicicleta, la mirada de aquella mujer, el olor a lavanda, el jardín, la fuente, las huellas de pisadas en las hojas, el quejido, las puertas que se cerraban… y ella me observó, sin moverse, mientras daba vueltas al café que había traído Mateo, y que los dos sorbíamos como si nos fuese la vida en ello. Como si Roxana tuviese la solución a todo aquello.

—He de decir que yo tampoco os he contado todo… —y al decirlo, soltó un suspiro y sorbió del café mientras cerraba los ojos.

Mateo y yo nos miramos unos segundos, para volver fugazmente la vista a ella, sorprendidos e intrigados.

—La casa estuvo cerrada mucho tiempo. Era una casa espléndida, y cuando llegó aquél hombre a la oficina, hace ya un montón de años, yo era aún inexperta, acababa de emprender el negocio, deseaba aquella casa porque la creía fácil de vender.

Él había heredado aquella casa, pero no se sentía cómodo allí. Había algo que no le gustaba, me dijo. Preferiría venderla, alquilarla siempre es un problema, añadió.

Mateo y yo habíamos terminado el café y devorábamos las pastas sin poder dar crédito a aquello que estábamos escuchando.

—Estuvo a la venta mucho tiempo, pero nadie quería la casa, la bajamos varias veces de precio, sin poderme creer que nadie la quisiera. Le propuse ponerla en alquiler, le comían las deudas y el mantenimiento de aquella casa solo le daba más gastos. Aceptó.

Continuábamos mirándola con asombro.

—Muchas personas fueron a verla, y todas salieron despavoridas. Yo también sentí aquel frio al entrar, como si alguien no quisiera que esa casa fuese ocupada. Algo extraño, algo que no había por dónde cogerlo. Y llegaste tú con aquel empeño en quedártela…

Intenté quitarte la idea, pensé que se te quitaría aquella obstinación cuando la visitaras, pero no fue así… y cuando me dijiste que recordabas el jardín, y aquella mujer… me recorrió un escalofrío al oírte, pero tú estabas obsesionada con quedártela… ¿cómo decirte aquello? Sinceramente me lo pensé mucho. No conseguía llegar a un acuerdo conmigo misma… decírtelo o no… quizás todo había acabado y fueras feliz en esta casa, y con esta historia solo conseguiría robar tu sueño. Estabas tan entusiasmada…

Hizo una mueca de fastidio.

—No te preocupes, Roxana. De nada habría servido que me lo contaras. La decisión estaba tomada, yo ya sabía que esta casa no era normal, que tenía algo.

En cuanto me dijiste que lo que yo vi de niña era tan solo un sueño y yo sabía que no era así, por eso estaba tan encaprichada en ella, porque aquella mujer me llamó, quiso que viniera aquí, por alguna razón me alejé tanto del colegio aquél día, me caí de la bicicleta y me acerqué a la verja. Pero ahora tienes que ayudarnos a descubrir por qué ocurrió todo eso, y por qué estoy aquí.

JULIA

El primer domingo que él no pudo acercarse a la biblioteca, porque estaba ella, yo bajé como de costumbre.

No quería leer nuestro libro, porque eso era sagrado. Nuestro libro solo podíamos leerlo juntos, sin él no sería lo mismo, pero quería estar allí, sentarme en aquél sofá, sentir su perfume, que permanecía allí por más días que pasaran.

Cuando entré en la biblioteca, la estancia estaba caldeada. Alguien se había ocupado de encender la chimenea.

Me dirigí a la estantería y cogí nuestro libro con la intención de repasar lo leído hasta entonces, y al abrirlo, cayó una hoja de papel, escrita a mano, que me hizo temblar las manos al recogerla del suelo.

No pude esperar a sentarme y la desdoblé.

PARA JULIA

Puede parecer una locura y lo es. Puede parecer que soy un aprovechado, un desvergonzado, diciendo esto que voy a decirle pero, no sé qué tiene, Julia, no sé qué tiene que me vuelve loco, que me hace pensar cosas que no debo, que me obliga a comprometerla a cosas que no debiera, y a comprometerme yo.

Me gustaría que nos hubiéramos conocido de forma distinta, en otro lugar, en otras circunstancias.

Me encantaría poder besarla, sin temor a nada, cogerla de la mano mientras paseamos, poder disfrutarla en público y lucirla, orgulloso, a mis amigos y compañeros.

Me encantaría que fuera mi pareja de baile en la fiesta que se aproxima, y que pudiera lucir un precioso vestido, acorde a su precioso cuerpo y a su linda cara, esa que me tiene loco perdido… pero tengo que conformarme con contemplarla a escondidas, mientras escucho su voz ronca, narrando como nadie todas las historias que cuenta, trasladándome a lugares mágicos, donde escapo de mi miserable vida, soñando con estar a su lado.

Si todo fuera diferente… y quizás sueño demasiado, y usted sueñe con otros ojos y otra boca que no son los míos… no sé si hago bien escribiendo esto, pero es lo que siento, creo que debo…. Ya he pasado la frontera, rozando el peligro y el riesgo, ya estoy ciego por usted, por sus ojos… y temo arrastrarla conmigo… La echo de menos, Julia, cada segundo que no está a mi lado.

Ricardo

Me dirigí hacia el sillón, para no desmayarme, agarrando aquella hoja, apretándola contra mi pecho, con el corazón disparado, y pensando si no sería un sueño. Noté un nudo en la garganta, fruto de la emoción, de la sorpresa, e incluso del miedo.

Lo leí varias veces para recordar cada palabra y arranqué el

perfume que desprendía de la hoja de tanto olerlo, para colocarlo de nuevo en el libro, eligiendo un lugar concreto, una página ya leída, donde la protagonista de nuestro libro besaba a su amado bajo la sombra de un olmo, sintiendo tener que deshacerme de aquella hoja y no poder llevármela conmigo, para evitar que cayera en malas manos.

Pensaba en aquello mientras deseaba verle, abrazarle y decirle que yo también sentía lo mismo, que escapáramos juntos lejos, muy lejos, aun sabiendo aquello imposible…

CLAUDIA

Intentamos contactar con el antiguo propietario de la casa. No cogía nuestras llamadas.

Finalmente, Roxana dejó un mensaje suplicante, para que se pusiera en contacto con nosotros.

Mientras esperábamos noticias de él, mi madre apareció un día en casa, con unos pasteles y un bolso de mano, diciendo que se quedaba a dormir un par de días, mientras mi padre volvía de un congreso en Portugal.

Mateo y yo nos miramos con cierto recelo. No les habíamos contado nada, podía ser una noche tranquila o en la que mi madre sufriera un bloqueo mental al conocer lo que ocurría en aquella casa.

Resultó ser la segunda opción…

Después de cenar propusimos ver una película. El plan era alargar la velada lo máximo posible para retrasar el momento del silencio nocturno pero, todo empezó antes de lo esperado.

Mientras Mateo y yo terminábamos de recoger la mesa, mi madre aprovechó para subir al dormitorio de invitados para dejar sus cosas y darse una ducha.

Conversábamos en la cocina sobre qué película sería la más adecuada para ver con mi madre, cuando oímos un enorme ruido en la planta superior.

Dejamos las cosas sobre la encimera de la cocina y echamos a correr escaleras arriba.

Mi madre estaba paralizada en medio del pasillo, con la cara pálida el propio pánico y mirándonos, sin poder articular palabra.

—¿Qué ha ocurrido?

Mateo fue el primero en preguntar.

Mi madre solo acertaba a señalar hacia el dormitorio, sin poder hablar, solo gesticulaba y emitía sonidos sin llegar a decir nada en concreto.

Yo me quedé con ella, intentando hacerla reaccionar, haciéndola preguntas sobre lo ocurrido, e intentando tranquilizarla.

Mientras tanto, Mateo se introdujo en el dormitorio, encontrando la ropa de su bolso de mano esparcida por el suelo, el grifo de la ducha abierto y una silla del dormitorio tirada.

Salió de allí sin comprender lo ocurrido.

Yo había acompañado a mi madre al salón.

Tardó bastante en recomponerse. Hicimos tila para los tres.

—No entiendo bien qué ha pasado ahí dentro —dijo por fin — pasé al baño a prepararme para una ducha. Ni siquiera me dio tiempo a desnudarme. Escuché un susurro.

Enmudeció de nuevo haciendo una mueca de terror.

—Estoy segura de que lo escuché —aseguró de nuevo —era una

mujer, y dijo claramente “mi bebé”.

Mateo y yo nos miramos. Nunca habíamos llegado a escuchar ninguna palabra en concreto, solo quejidos y susurros.

—Después, ese ruido seco. Cuando salí del baño, con un miedo espantoso, me encontré toda mi ropa tirada en el suelo… ¿estoy loca o qué está pasando?

Volvimos a mirarnos. Suspiré. Llegó la hora de contarlo…

—Podemos llevarte a casa si quieres —dije después de contarle todo, sin que ella pudiera ni siquiera reaccionar.

—No… me quedaré, pero dejaré la puerta abierta y la luz de la mesita de noche… si se lo dijéramos a papá se reiría en nuestra cara… —dijo mientras ponía los ojos en blanco.

Silencio. Me cuesta dormirme, escucho los pasos de mi madre hasta que oigo el somier de la cama.

Espero un rato. Quizás consigamos dormir esta noche, pienso.

Caigo en un profundo sueño.

Me despierto de repente. Estoy sudando. Recuerdo unas hojas quemarse, arden en una chimenea. Intento recordar, parece la biblioteca de la casa, pero es un sueño, nada más. Me parece recordar una “J” con una caligrafía perfecta y muy estilosa.

De repente oigo un grito. Es mi madre.

Salgo corriendo del dormitorio, Mateo me sigue.

Nos encontramos los tres en medio del pasillo. Nos chocamos con ella.

—Había alguien, por Dios, había alguien encima de mi cama.

—¿Pero cómo encima de tu cama? —pregunto yo aterrorizada.

—No era nadie físicamente, pero se hundió el colchón, claramente. A los pies de mi cama… primero noté que alguien me tocaba la cara —se acarició la cara al recordarlo —y me hizo abrir los ojos, y entonces noté moverse la colcha y se hundió el colchón, como si alguien estuviese sentado ahí.

Habla atropelladamente, de repente hace paradas para respirar profundamente.

De nuevo tenemos que bajar al salón y preparar tila para tres. Encendemos el televisor y decidimos pasar la noche allí, hasta que el amanecer nos encuentra dormidos, presos del cansancio de una ajetreada noche, en la que alguien intenta decirnos algo, y yo me pregunto por qué, de repente, parece que ella, la criada misteriosa, ha venido a decirnos algo más desde que llegó mi madre.

Ángela estaba loca con los preparativos.

Antonio nos esperaba en la puerta, con las puertas del coche abiertas y una sonrisa del que se sabe portador de sueños.

Subimos al coche y nos acomodamos ambas en el asiento de atrás, entre risas nerviosas y revuelo de ideas.

Antonio subió el volumen de la radio. Sonaba música de fondo, Ángela abrió su ventanilla y dejó que su pelo se moviera al viento, mientras asomaba la cabeza y sonreía al sol con los ojos cerrados.

Yo la observaba, sin poder evitar compartir su sonrisa, mirando de vez en cuando a Antonio, que nos observaba por el espejo retrovisor.

—Hemos llegado —dijo, y nos acompañó a la puerta del comercio de telas.

Había decenas de rollos con telas de mil colores.

La dueña del comercio acomodó a Ángela en una silla mientras le mostraba las telas que ella elegía.

Había un brillo en sus ojos que desconocía.

La ayudé a elegir entre varios modelos y volvimos a casa, con la intención de volver a la ciudad en unos días, para llevar la tela elegida a la modista y elegir un modelo para el vestido.

Tuvimos que hacer varias visitas a la modista.

Cogió medidas, la enseñó los vestidos que tenía preparados para la fiesta y algunos bocetos para darle ideas.

Por algún azar del destino, ambas sentimos el mismo flechazo por un vestido que la modista había dibujado en uno de sus cuadernos.

—Es precioso… —dijo Ángela, mientras repasaba delicadamente con sus dedos el dibujo —y quedará perfecto con la tela que hemos elegido, ¿no crees?

Asentí con la cabeza mientras sonreía.

—Ya la veo con él puesto, señorita Ángela. Y estará radiante.

—¿Habéis elegido ya los zapatos? —preguntó la modista.

Al recordarnos aquel despiste tuvimos que volver de nuevo al día siguiente a la ciudad a elegir unos zapatos que encajaran con el vestido. No fue difícil.

La señora empezó a incomodarse con tantas salidas y nos llamó la atención.

El último día me prohibió salir de casa.

—Se acabaron las visitas a la ciudad —me dijo cuándo nos proponíamos a ir a la prueba del vestido de la señorita Ángela. Era el último día y por fin se traería el vestido a casa. Estábamos muy ilusionadas con vérselo puesto, pero la señora me impidió salir.

—Es el ultimo día, Raquel —suplicó Ángela.

—No me has entendido. Ve tu sola. Antonio te llevará. Ella se

queda.

—¿Pero por qué?

—Porque lo digo yo.

Se volvió sobre sus pasos y desapareció.

Besé a Ángela en la mejilla y la sonreí apenada.

—Será más sorprendente cuando la vista el día de la fiesta. Así lo disfrutaremos más.

Ella me sonrió, y se apoyó en sus muletas mientras avanzaba hacia la puerta algo desencantada.

Yo volví hacia la cocina a ayudar a Dolores, que amasaba pan en silencio, mientras la señora me hacía un gesto desde la puerta, demostrando una vez más que se había salido con la suya.

CLAUDIA

El brillo del sol me obliga a abrir los ojos con dificultad.

Desde el sofá veo a mi madre avanzar por el pasillo, camino a la biblioteca.

Me incorporo en el sofá y me pongo la bata para ir a su encuentro.

Recorro el pasillo lentamente, descalza, sin hacer ruido.

Hathor está rascando la puerta de la biblioteca con sus patas. Mi madre le abre la puerta y se adentran.

Yo las observo desde cierta distancia. No quiero interrumpir.

Me quedo en el quicio de la puerta examinando sus movimientos. Noto calor, pero la chimenea no está puesta.

Hathor se ha parado frente a la estantería y mueve nerviosa el rabo. Me parece que mi madre está como sonámbula.

Avanza hasta la estantería y coge un libro. De repente una hoja cae al suelo. Sin poder evitarlo suelto un chillido y mi madre se vuelve para mirarme, sorprendida.

Se queda paralizada, mirando alrededor, como si no supiese realmente cómo ha llegado allí.

Sin embargo, se agacha lentamente a recuperar el papel del suelo y lo abre cuidadosamente.

Se vuelve a mirarme y no me parece reconocer sus ojos.

Me acerco a ella y me arrodillo a su lado, repasando aquellas letras bien caligrafiadas, mientras la escucho leer en voz alta, sintiendo aquellas palabras como si formaran parte de mi historia, la historia de aquella casa, poniendo, por fin, nombres, recibiendo aquellas pistas como un tesoro, un hilo de dónde tirar.

PARA JULIA

Puede parecer una locura y lo es. Puede parecer que soy un aprovechado, un desvergonzado, diciendo esto que voy a decirle pero, no sé qué tiene, Julia, no sé qué tiene que me vuelve loco, que me hace pensar cosas que no debo, que me obliga a comprometerla a cosas que no debiera, y a comprometerme yo.

Me gustaría que nos hubiéramos conocido de forma distinta, en otro lugar, en otras circunstancias.

Me encantaría poder besarla, sin temor a nada, cogerla de la mano mientras paseamos, poder disfrutarla en público y lucirla, orgulloso, a mis amigos y compañeros.

Me encantaría que fuera mi pareja de baile en la fiesta que se aproxima, y que pudiera lucir un precioso vestido, acorde a su precioso cuerpo y a su linda cara, esa que me tiene loco perdido… pero tengo que conformarme con contemplarla a escondidas, mientras escucho su voz ronca, narrando como nadie, todas las historias que cuenta, trasladándome a lugares mágicos, donde escapo de mi miserable vida, soñando con estar a su lado.

Si todo fuera diferente… y quizás sueño demasiado, y usted sueñe con otros ojos y otra boca que no son los míos… no sé si hago bien escribiendo esto, pero es lo que siento, creo que debo…. Ya he pasado la frontera, rozando el peligro y el riesgo, ya estoy ciego por usted, por sus ojos… y temo arrastrarla conmigo… La echo de menos, Julia, cada segundo que no está a mi lado.
Ricardo

Con el papel en sus manos, sin soltar una palabra, avanza por la biblioteca hasta la puerta, seguida por Hathor y por mí, sin mirar atrás, hasta la cocina, donde vuelve a releerlo una y mil veces, mientras toma el café recién hecho que Mateo se ha ocupado de hacer mientras. Recuperando la mirada de siempre, y no la que yo había visto en la biblioteca.

JULIA

El día de la fiesta toda la casa estaba a pleno rendimiento.

Félix había cortado flores de todos los colores y algunas criadas externas, llamadas para la ocasión, formaban ramos en una mesa del jardín.

Dolores apremiaba a las cocineras e instruía a las camareras de lo que tendrían que hacer una vez comenzada la fiesta.

Había gente por todas partes.

Preparé un baño con aceites para la señorita Ángela, que estaba terriblemente inquieta.

Todo estaba preparado en su dormitorio.

El vestido colgaba de la puerta del armario. Era impresionante.

En su tocador reposaban todas las joyas elegidas a conciencia para la fiesta.

Los zapatos bajo la cómoda y su pelo lleno de rulos para que la peluquera pudiera hacerle un precioso peinado después del baño.

Mientras tanto, yo no paraba de subir y bajar escaleras. Me requerían en todas partes.

No vi al señor en toda la mañana, a pesar de buscarlo con la mirada en todo momento.

El tiempo apremiaba, se nos echaba encima.

Comimos temprano y apenas sin sentarnos a la mesa.

La señora había encargado uniformes especiales para la ocasión.

Me di un baño deprisa y me acomodé aquella ropa, cerciorándome de que todo estuviese en su sitio.

Al llegar al dormitorio de la señorita Ángela la encontré muy agitada.

—Ay Julia, que nervios…

La sonreí mientras la ayudaba a quitarse el camisón y la colocaba el corsé. Hizo muecas de dolor.

—A lo mejor no es buena idea ponerse esto, señorita Ángela… en su estado podría perjudicarla, y con la cintura que usted tiene, poca falta le hace esta penitencia…

—Tu aprieta, Julia, que esto son los primeros minutos, luego el cuerpo se hace a todo…

Apreté el corsé y la encajé el vestido, hecho a su medida, encajando perfectamente entre sus curvas, enseñando lo justo de su escote, mostrándola como una verdadera princesa.

Una princesa rubia, de ojos claros, que parecía recién salida de cualquiera de los libros que leía con Ricardo en la biblioteca.

—Parece usted Ana Karenina, señorita Ángela.

Su sonrisa iluminó el dormitorio.

Unos golpes en la puerta nos sacaron de nuestro breve sosiego. Al moverse, se revolvieron los bucles de su largo pelo.

—Vamos señoritas, que ya están entrando los invitados.

La voz de Dolores nos apremiaba a salir.

La señorita Ángela se detuvo un momento a mirar desde la ventana.

—Ha venido —dijo mientras se sonrojaba.

Me asomé a la ventana a comprobar de quien se trataba.

Un apuesto joven cruzaba el jardín, conversando con otros hombres de más edad. Levantó la vista a la ventana, rescatando una sonrisa a Ángela y haciéndola temblar, mientras dejaba caer la cortina y me miraba espléndida.

—No sabía que le gustase alguien, señorita —dije sorprendida.

—Es Andrés… el hijo del coronel. Hace mucho que no le veía. Tampoco creo que se haya fijado en mí jamás. En alguien como yo no podría fijarse nadie. Ni siquiera puedo bailar.

—No se quite méritos, señorita Ángela. Creo que es usted la joven más bonita de toda la fiesta.

Me miró enternecida.

—Ay, Julia… ¿y qué vas a decirme tú?

Cuando acompañé a la señorita Ángela al salón, todos los invitados que se encontraban abajo se quedaron impactados con su presencia.

Brillaba como una estrella, a pesar de las muletas, y su sonrisa fue en aumento cuando percibió todas aquellas miradas de admiración.

Creció como la espuma su autoestima y resplandeció ante todos, saludando mientras pasaba a su lado, hasta cruzar su mirada con la de él.

Noté su nerviosismo al pararse frente a él.

El cogió su mano, mientras yo sujeté con firmeza la muleta.

—¿Le gustaría acompañarme afuera? Tomaremos algo mientras sujeto su mano. ¿Cree que puede apañarse con una sola muleta y mi brazo?

Tardó en reaccionar unos segundos en los que estuve a punto de intervenir, pero no hizo falta.

—Me encantaría —dijo ella mientras me dirigía una mirada que decía mil cosas.

—Yo me ocupo de esto —dije yo, levantando un poco la muleta, con una sonrisa, mientras les veía aproximarse al jardín.

Subí la muleta al dormitorio, y al salir, me embistió Félix, con una copa de vino en la mano, invitándome a dar un trago.

—Los sirvientes también tenemos derecho, Julia —dijo, y al hablar, noté su aliento embriagado de alcohol —tome un trago, ha sido un día muy largo.

Le miré sorprendida y algo enfadada.

—Tengo cosas que hacer —dije mientras intentaba quitármelo de encima.

Me agarraba el brazo con cierta violencia, y su mirada era exigente, incluso molesta.

—¿Qué cosas? ¿quizás ir a ver al señor Ricardo?

El corazón me dio un vuelco. Lo sabía. Félix lo sabía, ¿quién más podía saberlo? Me sentí en peligro.

—No sé de qué me hablas, déjame seguir haciendo mi trabajo —dije, esquivando su mirada, intentando avanzar para bajar las escaleras.

—Sí que lo sabes, os he visto, sé que os veis a escondidas, y sería muy fácil hacer que la señora se enterara.

Le fulminé con la mirada, pero la suya irradiaba un odio lleno de celos, de alcohol e inconsciencia, lo cual, todo junto, era más peligroso que una bomba junto a una mecha.

—Ya hablaremos cuando estés sobrio, Félix —le dije, intentando ganar tiempo, y le acaricié el brazo, tratando de tranquilizarle.

Bajé las escaleras con urgencia, buscando a Ricardo con la

mirada. No le vi.

Salí al jardín, donde algunos invitados hablaban en el porche.

Reconocí a la señorita Ángela a lo lejos, que reía con su acompañante, apoyados en la piedra de la balaustrada del porche.

Miré hacia ambos lados, hasta que lo distinguí en el pie de la escalera, hablando con alguien.

Me reconoció y sospechó que algo me pasaba.

Bajé las escaleras y desaparecí por el jardín, buscando algún lugar más apartado, donde las luces no llegaran.

Esperé. Con el corazón desenfrenado, intentando controlar la respiración.

Escuché pasos, esperaba con impaciencia que fuese él, y por fin apareció.

—¿Qué ocurre Julia? —preguntó, mientras me rozaba la mano con la suya, mostrando angustia en la mirada.

—Es Félix —le dije —lo sabe.

Me miró incrédulo.

—¿Qué es lo que sabe?

Comencé a llorar, sentí miedo, recordé los golpes, los gritos.

—Sabe que nos vemos a escondidas, y es muy probable que lo cuente —dije entre sollozos.

Su mirada, lejos de tranquilizarme, me transmitió angustia, pero me recogió entre sus brazos, apretándome con fuerza, agarrando la parte posterior de mi cuello con su mano, enredando mi pelo entre sus dedos.

Le miré, y me devolvió una mirada llena de fuego, y me besó, sus labios ardían, transmitiendo ese ardor a todo mi cuerpo. Nunca había sentido nada así. Deseaba aquello, y me daba igual si, en ese momento, nos veían o no.

Podría morir en ese mismo momento, me daba igual, nada importaba. Solo él y yo, y ese abrazo, ese beso eterno junto a la lavanda.

A partir de ese momento, mi madre pasó a formar parte del equipo de investigación.

Nunca lo habría imaginado, pero mi madre quería averiguar qué pasaba tanto o más que yo.

Cuando el antiguo propietario devolvió la llamada, Roxana llamó entusiasmada.

—Quiere tomar un café contigo, Claudia, así que no le espantes.

—¿Por quién me tomas? —Pregunté molesta.

Quedamos una tarde en un café del centro. Me esperaba en la terraza, con una taza de café sobre la mesa y fumando un cigarro.

Me explicó que él fue el único heredero de la casa.

Nunca escuchó hablar de ella, hasta que, al morir su madre, un notario le habló de aquella casa que él desconocía y que acababa de heredar. Le explicó que tenía una tía, de la cual jamás había oído hablar. Al parecer, ella sí sabía de su existencia, lo cual le resultó extraño e incluso le molestó. Su madre nunca le habló de ella.

Me contó que fue a ver la casa, y nada de lo que sintió allí le gustó.

Quiso venderla de inmediato, quitársela de encima, pero parecía ser más difícil de lo que, en un primer momento, hubo pensado.

Le pregunté por ella, por aquella tía, ¿quién era? ¿Dónde vivía?

Me contó que se llamaba Ángela, y que vivía en una residencia.

Solo fue a verla en dos ocasiones, por obligaciones legales. No sentía ningún tipo de cercanía con ella ni tampoco quería tener más contacto.

Nunca me buscó, dijo, no quiso contarme nada, solo quería darme lo que era mío. Yo tampoco quise saber, me daba igual, no creo que sintiera por mí el más mínimo aprecio, o al menos no lo demostró, solo me dijo algo que me hizo pensar durante días… pero finalmente lo acabé olvidando, restándole importancia para seguir con la vida que llevaba hasta entonces.

—Y ¿qué fue lo que te dijo? —pregunté con curiosidad.

—Que las cosas no son como parecen. Que a veces creemos que nuestra vida es como la de cualquier otro pero que, si miráramos más allá, podríamos descubrir cosas que nunca habríamos creído.

—¿Y no pensaste en buscar más allá? —pregunté sorprendida de que hubiese podido borrar aquel comentario de su mente.

—Hablamos de una anciana… no le di ninguna importancia.

Le pedí la dirección de la residencia, rezando para que aun siguiese viva y pudiese darme alguna pista más.

Y volví a casa con la frase resonando en mi cabeza.

“Buscar más allá”, buscar más allá…

Un sinfín de escalofríos me recorrían todo el cuerpo.

No hablábamos solo nos mirábamos, nos besábamos, como si nuestro tiempo se fuese a acabar de repente.

Se oyó el crujido de una rama. Nos quedamos quietos, paralizados, sin respirar.

Me separé de él cuidadosamente, sintiendo un miedo atroz.

Me fui ocultando detrás de un arbusto a mi espalda, sigilosamente, escapando entre los árboles para cruzar por la parte trasera el jardín.

Lo vi, desde el otro lado, aparecer entre los invitados disimuladamente. Enseguida entabló conversación, yo me mezclé entre la gente, siguiendo con mi trabajo, intentando cubrir aquel nerviosismo.

Empezó el baile y yo le observé desde el pasillo.

Raquel le buscó, le cogió del brazo con una sonrisa forzada. Bailaron en el centro del salón, seguidos por el resto de invitados.

Desde allí alcancé a ver a Ángela, en brazos de aquel apuesto joven, que la movía a su antojo, al son de la música, dejando una brisa de sueños a su alrededor, con una sonrisa que nunca había visto en su rostro.

Mostrando una belleza que iluminaba el porche, donde ambos, solos, eran lo más bonito de aquella fiesta.

CLAUDIA

Con aquella idea bailando en mi cabeza me fui a la biblioteca y me quedé observando los libros.

¿Qué más secretos podría guardar Julia allí?

Recordé su rostro al mirarme desde el jardín.

—Háblame, Julia, dime algo —susurré mientras observaba todos aquellos libros.

Me pareció que uno de ellos sobresalía del resto, seguramente sería una tontería. Un libro más, que bobada, si además, yo misma les pasé el plumero cuando compré la casa.

Me subí a la escalera que guardaba detrás de la puerta.

Cogí cuidadosamente el libro y lo abrí, allí mismo, desde el último escalón de la escalera.

Se abrió la ventana de la biblioteca con fuerza, provocando que me tambaleara del propio sobresalto.

Bajé con el libro en la mano y me aproximé a la ventana para cerrarla.

—Por favor, que susto, si no corre ni una brisa de aire —dije en voz alta, mientras cerraba la ventana y abría el libro.

Y allí estaba, otra nota, con aquella caligrafía delicada. Perfecta. Me senté en el sofá, junto a la chimenea apagada, para leerlo.

JULIA

La fiesta fue todo un éxito y, durante mucho tiempo, lo más nombrado en bastantes kilómetros a la redonda.

Durante unos días, Ricardo y yo, no pudimos vernos pero, el primer día que pudimos citarnos después del baile, al bajar a la biblioteca, sabiéndole allí, esperándome, el corazón me palpitaba como nunca.

No paraba de pensar en aquel primer beso y deseaba un segundo como no había deseado nunca nada en toda mi vida.

Al entrar, Ricardo me esperaba de cara a la puerta.

—Eche el cerrojo, Julia —me dijo, y noté como las piernas me temblaban como un cervatillo recién nacido.

Obedecí y dí unos pasos hacia él.

—Venga conmigo —dijo mientras yo me aproximaba al sofá, junto al fuego de la chimenea, sin poder dejar de mirarle.

Me senté junto a él y me dejé acariciar el rostro con su delicada mano, observando sus ojos que se posaron en los míos. Me fijé más atentamente en sus pestañas largas y rizadas.

Se acercó y posó sus labios en los míos, haciendo estremecer todo mi cuerpo. Poco a poco fue desabotonando mi uniforme, mientras yo no sabía cómo comportarme, quieta como una tonta, paralizada por el desconocimiento, esperando que él guiara mis manos.

Y así surgió nuestro primer encuentro a solas, haciéndome sentir como nunca me había sentido, deseando que aquella fuera la primera cita de tantas.

Durante meses tuvimos muchos encuentros, cada vez más bellos y apasionados, aumentando nuestra confianza y sintiendo una necesidad cada vez mayor.

Hasta que un día descubrí que tenía una falta.

Primero quise pensar que serían los nervios. No podía ser.

Recé arrodillada a los pies de mi cama, con el rosario entre las manos y los ojos cerrados. Por favor, que solo sea un retraso, por favor, no… pero, un día tras otro, nada parecía demostrarme lo contrario y tuve que tomar la decisión de contárselo a Ángela.

Aquella mañana, al contárselo, Ángela me observó detenidamente, pensando que aquello solo podía ser una broma pesada, pero mis lágrimas la demostraron que no lo era y se echó las manos a la boca, nerviosa, intranquila, sin saber cómo podíamos salir de aquel lio.

—Solo hay una manera, Julia.

—¿Qué manera? —pregunté sollozando, nerviosa y aterrorizada por las consecuencias de aquel agravio.

—Hay que contárselo a mi hermano. Él sabrá qué hacer.

Y así, nos reunimos con él en el dormitorio de Ángela, sollozando

yo, susurrando ella y con la perplejidad de un hombre que nunca se ha visto ante algo tan peligroso como aquello, por muchas cosas graves que hubieran acontecido en su ajetreada vida de negocios.

CLAUDIA

Sentada en el sillón, sentí el fuego de la chimenea a pesar de estar apagada. Entendí que los mismos nervios habían subido la temperatura de mi cuerpo.

QUERIDA JULIA

Ahora, más que nunca, hemos de tener máximo cuidado. He tomado una decisión.

Es lo más duro que he tenido que hacer nunca pero, si queremos aminorar las consecuencias, debemos actuar con mucha precaución.

Debe hablar con Raquel. Ángela la acompañará para evitar una reacción desproporcionada por su parte, como suele acontecer.

Le contará que ha tenido un encuentro con un joven del pueblo, en una de sus visitas a la modista con la señorita Ángela.

Le confesará que se ha quedado embarazada, y le notificará que él no quiere hacerse cargo del bebé ni tampoco de usted.

Yo me encargaré de convencerla para que le deje quedarse en casa durante el embarazo, y persuadirla para que acepte donar el bebé a las monjas, que nos estarán muy agradecidas, ya que sabemos de buena tinta que tienen un negocio indecoroso de venta de bebes a mujeres económicamente acomodadas, a las que Dios no les ha dado la virtud de tenerlos.

Creo que Raquel aceptará.

Mientras tanto ganaremos tiempo, Julia, déjeme pensar cómo hacerlo pero, creo que Dios nos ha brindado esta oportunidad para formar una familia, usted, yo y esa criatura en la que no puedo dejar de pensar.

Solo será hasta que nazca, nunca llegará a manos de las monjas, se lo prometo.

Siempre pensé que nunca llegaría a ser padre, Raquel y yo lo hemos intentado con empeño sin éxito, y ha llegado usted, Julia, para hacerme este regalo.

Saldrá bien, tengamos fe.

Su amado.

Ricardo.

Me quedé durante unos minutos, puede que bastantes, paralizada en el sofá, mirando, sin ver, la chimenea apagada.

—Madre mía, Julia… —dije en voz baja, sintiendo un nudo en la garganta, recordando su rostro en el jardín, poniéndome en aquella difícil situación, y me pareció que la conocía, que formaba parte de mí.

Me levanté del sofá, lentamente, con aquella carta entre mis manos, buscando a mi madre y a Mateo para compartirla, y mientras llegaba a la cocina, un recuerdo, la frase que escuchó mi madre aquella noche. “Mi bebé”… y todo empezaba a encajar.

Ángela se encargó de solicitar una reunión con ella.

La señora parecía tener curiosidad y no nos hizo esperar demasiado, lo cual agradeció mi corazón, que últimamente sufría de demasiados espantos.

Nos convocó en su salón, con un té, solo para ella, y con el semblante serio que la acompañaba siempre.

El silencio era cortante y yo retorcía mis manos nerviosa, lo cual noté que ella advertía porque no paraba de observarme.

—¿Y bien? —preguntó, altiva, como siempre, demostrando así que no estaba para perder el tiempo.

—Tenemos algo que contarte, Raquel, y seré yo la encargada de hacerlo, por motivos que comprenderás en cuanto te lo haya revelado.

Nos miró con interés y nos apremió con las manos.

Ángela se arrancó, en un estudiado texto que había ideado en su cabeza, haciendo que sonara incluso triste, y dejando una expresión de increíble sorpresa en el rostro de la señora, y que acabó en un ataque de cólera del que se enteró todo el servicio.

—¡Esta tarde mismo Antonio te llevará de vuelta a tu miserable casa! —dijo gritando —¡No puedo tolerar tal vergüenza en mi propia casa!

Y desapareció sin dejarnos articular palabra, con la esperanza de que el señor Ricardo fuera capaz de remendar aquel destrozo.

Acompañé a Ángela a su cuarto y la abracé.

—Pase lo que pase, me alegro de haber venido a esta casa, señorita Ángela —la dije.

Ella me miró, entristecida y desolada, sin saber si su hermano sería capaz de resolver aquello.

Me besó en la frente y acarició mi barriga.

—Obedécela. Recoge tus cosas y esperemos.

Asentí y me dirigí a mi cuarto, echando un último vistazo a su rostro afligido.

No tenía mucho que guardar. Tan solo una minúscula caja donde guardaba una fotografía, el anillo de boda mi madre y el collar que me había regalado Ángela.

La señora me había obligado a tirar mi ropa cuando llegué, así que me senté sobre la cama, a esperar a que alguien revelara mi futuro.

Esperé durante mucho tiempo sentada en aquella cama. Pensaba qué pensaría mi padre cuando me viera llegar, sin nada en las manos y embarazada del señor al que servía.

Tampoco sabía si él vivía solo. Antonio me daba noticias suyas de vez en cuando, pero nunca nombró a nadie más ni me dijo si compartía su vida con alguien.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Era Dolores.

—De momento te quedas, Julia —me dijo. Parecía disgustada —no sé qué la habrá hecho cambiar de opinión, pero ten cuidado.

Me ordenó algunas tareas y durante unos días, todo pareció volver a la normalidad. Hasta que bajé a la biblioteca el domingo y encontré la carta de Ricardo, donde me explicaba el motivo de aquél giro de los acontecimientos.

CLAUDIA

Tras leer aquella carta, mi madre pensó que deberíamos buscar entre los libros.

Durante horas, estuvimos los tres revisando libro a libro, descolocando las estanterías, apilando en el suelo, hasta que la voz de Mateo, que se encontraba en el último compartimento, nos sacó de nuestras reflexiones en silencio.

—Aquí hay algo —dijo.

Nos aproximamos hacia él, comprobando que había descubierto, tras los libros, una caja de madera, cerrada con un pequeño candado, que no dudamos en destruir.

Y allí dentro, apiladas cuidadosamente, había algunas cartas mas.

Nos miramos los tres y abandonamos la biblioteca, sentándonos en el salón, provistos de café, que, sin duda, no ayudaba nada a nuestro acelerado corazón, pero que se nos hacía indispensable para resolver todo aquel rompecabezas.

La primera carta, claramente, parecía ser la continuación de la última que habíamos descubierto.

QUERIDISIMA AMADA MIA

Una vez más, Raquel ha decidido sobre usted, Julia, y sobre mí también.

Le hablé de nuestro plan, el de la adopción y las monjas. En principio pareció convencerle aquel plan pero, un día después, vino a hablar conmigo con una decisión tomada.

Ante nuestro problema para procrear, a pesar de tantos intentos, y debido a su edad, la idea de tener la posibilidad de ser ella la adoptante de tu bebé le pareció mucho mejor idea que la mía.

Su propuesta es que usted se quede en casa y tenga el bebé. Después, ella se hará cargo de él.

Pero ahí no acaba todo, su plan es más sombrío aún. Su idea es castigarla por el pecado cometido, encerrándola y ocultándola como escarmiento durante su embarazo y, mientras tanto, ella fingirá su propio embarazo para que todo el mundo piense que ese bebé es nuestro el día que nazca.

Acepté, Julia, y usted debería acceder también. Necesito tiempo para preparar un futuro para nosotros tres, lejos de esta casa, y de ella, y de su enorme crueldad, que no conoce límites y que temo pueda echar atrás nuestros planes.

Serán unos meses, muy duros, lo sé, pero no permitiré que le arrebate a nuestro hijo. Cuando ese bebé nazca, todo estará preparado, un hogar para nosotros tres, lejos de aquí.

Intentaré hacer, durante este tiempo, todo lo posible para que la trate bien, con la excusa de que el bebé que lleva usted dentro tiene que nacer sano.

Mantengámonos unidos y fuertes en pensamiento.
Ricardo.

Repasé la carta con la mirada y comprobé, con un nudo en la garganta, que las lágrimas habían emborronado algunas letras.

JULIA

El mundo se me vino encima. ¿Aceptar? ¿Cómo aceptar aquello? Encarcelada como un delincuente, esperando a que llegara el día donde aquél bebé, al que ya amaba, me fuera arrebatado por una mujer que no era capaz de darse amor ni siquiera a ella misma.

Pero ¿qué otra opción tenia? Ella era capaz de cualquier cosa, podría apalearme hasta hacer que lo perdiera y, en el mejor de los casos, si aquello no ocurría y volvía al pueblo, a mi hogar, con mi padre, le haría infeliz, sería una gran deshonra para él.

¿Cómo explicar aquello? ¿Cómo permitir que mi padre sufriera aquel tormento?… no había más que una opción, y era confiar en que Ricardo cumpliera su parte, a pesar de lo difícil que podría ser aguantar aquel castigo.

Dejé la carta entre el último libro que habíamos leído a medias y que no nos dio tiempo a terminar.

Me dirigí hacia la puerta para volver a mi cuarto, despidiéndome de aquellos libros para siempre, sabiendo que no podría volver allí.

Me introduje en mi dormitorio.

La puerta se abrió y entró ella, arrogante como siempre, mirándome como si yo fuese un despojo inservible y me dio una bofetada que me arrancó un grito de sorpresa y dolor.

—Podías haberte hecho una sirvienta de reconocido prestigio. Te dimos la oportunidad de trabajar en esta casa, y tú decidiste arrastrarte por ahí con cualquiera, dejando que te embarazase, Dios santo, qué podría esperarse de una miserable pordiosera como tú… no sé cómo no me di cuenta desde el principio.

Me zarandeaba y agarraba mi cara con su mano, apretando con fuerza y escupiendo al hablar, acercándose mucho a mi cara y mirándome fijamente, con un odio desmesurado.

—Buscona… lo único que agradezco a Dios es el regalo que llevas ahí adentro —dijo mientras señalaba mi tripa —es un regalo para mí, ¿entiendes? En cuanto nazca será mío. Tú no mereces quedarte con él. Te quedarás aquí, encerrada en tu cuarto, y cuando lo tengas te tiraré al basurero de donde viniste, y allí te arrastrarás al primero que te encuentre, ya sabes cómo hacerlo. Fulana…

Me miró con asco y soltó mi cara, dejándome el rastro del dolor en las mejillas de tanto apretar, y se volvió hacia la puerta, cerrando de un portazo.

Minutos después llegó Félix, con una caja llena de herramientas para encerrarme en aquella habitación.

Trabajó en silencio, mientras yo lloraba, sentada sobre la cama.

Antes de desaparecer me miró y noté en sus ojos el mismo odio que el que acababa de ver en los de la señora.

Los meses pasaban y yo permanecía encerrada en aquel cuarto,

tan solo visitada periódicamente por el médico, Dolores, puntualmente para traerme la comida, y por Ángela, en los únicos momentos en los que la señora no estaba en casa.

Ángela me contó que la habían puesto una sirvienta nueva, que le doblaba la edad y que apenas hablaba.

Me contó que Ricardo había buscado una casa, lejos de allí, y que preparaba un hogar para los tres en cuanto llegase el momento.

También ella estaba preparando un futuro con el apuesto joven de la fiesta, con el que todo parecía ir viento en popa.

Todo saldrá bien, Julia, me dijo. Y yo la creí. Porque quería creerla, porque era lo único que tenía en aquellas cuatro paredes.

Durante aquellos meses solo tenía a mi bebé, al que hablaba mucho y le cantaba.

Le contaba las historias leídas en los libros con papá y mamá, con Ricardo, y otras que me inventaba.

Le hablé de sus abuelos, de los que debía sentir orgullo siempre.

Solo veía a Ricardo a través del cristal de mi ventana. Notaba como él ralentizaba sus pasos para que pudiera verlo durante más tiempo, sabiendo que era lo único que tenía allí dentro.

Ángela me traía a veces alguna carta suya y me dejó papel y tinta para que escribiera, suplicándome que lo guardara en lugar seguro para no ser encontrado.

Un día, la puerta de mi dormitorio se abrió lentamente y entró Félix, cerrando de nuevo el cerrojo.

Me observó durante un buen rato en silencio.

Yo le miré y sus ojos me dieron miedo.

—Desnúdate —me dijo.

Me dio un vuelco el corazón y también el estómago.

—¿Qué estás diciendo, Félix? —pregunté en un hilo de voz, temblando de miedo y pensando cómo defenderme de aquel hombre en una habitación cerrada.

—He dicho que te desnudes. Y que no chilles, no querrás que la señora sepa de quien es el hijo que llevas ahí dentro.

—No sé de qué me estás hablando. La señora ya sabe que es de un joven del…

—No me tomes por tonto, Julia, que sé que es del señor Ricardo, porque sé que os veíais a escondidas y además escuché a la señorita Ángela el otro día cuando vino a verla.

Sentí ganas de vomitar.

—Si te desnudas tú será todo más fácil. No tardaré mucho.

Lloré, llore de rabia mientras le miraba con más odio del que había sentido nunca. No me moví. Esperé a que se arrepintiera y se marchara, pero eso no sucedió.

Se acercó y se tumbó sobre mí.

—Harás daño al bebé, y eso sí que no te lo perdonará la señora —dije en un último intento por salvarme de aquello, mientras lloraba con la respiración entrecortada.

—No le haré daño. Si te portas bien será rápido —me dijo mientras levantaba la falda de mi uniforme.

Me pareció una eternidad.

Intentaba besarme mientras yo retiraba mi cara, con los ojos cerrados, procurando pensar en otra cosa.

Cuando se marchó me metí en la bañera, lavándome a conciencia, llorando desconsoladamente, pensando cómo borrar aquello de mi cabeza y rezando para que no volviese a repetirse jamás.

CLAUDIA

Al día siguiente, mi madre decidió acompañarme a la residencia.

La recepcionista me confirmó que la anciana de la que me habló el expropietario seguía viva y residía allí.

Subimos a su dormitorio y entramos.

Me encontré con una bella anciana leyendo un libro, sentada en la cama, apoyada sobre el cabecero.

Tenía media melena blanca y ojos claros, y nos miró con sorpresa.

Se colocó las lentes, observando a mi madre con desconcierto.

—Perdone que nos presentemos aquí así —dije yo —sin previo aviso.

Ella parecía estar más asombrada que molesta, pero aún no había articulado palabra. Finalmente se colocó de nuevo las gafas y dejó el libro sobre la mesilla.

—Perdonar que no me levante —dijo —tengo un problema neuronal que me impide hacerlo, necesito esa silla de ruedas para moverme.

—No se preocupe, no es necesario —dijo mi madre, y ella se volvió hacia ella, de nuevo, con sorpresa.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? Sentaros… y contarme.

Nos acomodamos en dos sillas que había junto a la pared y la miré, sintiendo una ternura inexplicable al encontrarme con sus ojos cansados.

—No es fácil explicar algo así… —dije suspirando, sin saber por dónde empezar —pero creo que usted tiene una historia que contar. Algo que ocurrió en la casa donde usted vivió, en la que ahora vivo yo, y que puede ayudar a alguien a encontrar la paz.

Me observó con curiosidad, aun mas sorprendida que al principio, y entonces le tendí la última carta que habíamos leído.

Abrió mucho los ojos y noté como temblaban sus manos.

Sus labios vibraron y vi caer sobre su rostro una lágrima.

—Julia… —susurró. Y nos miró de nuevo, doblando aquella carta cuidadosamente.

—Sé que le costará creerlo —dije yo —pero yo la vi. Estoy segura de que la vi, vestida con su uniforme, mirándome y sonriéndome, y por eso vivo en esa casa, porque ella me buscó. Y creo que usted puede ayudarnos, porque ella necesita algo, y no sabemos qué.

Su rostro se oscureció de pronto, mirándonos sin poder ocultar las lágrimas.

—Yo la sentí, la sentí a mi lado, y la escuché —dijo mi madre, que, al recordarlo, le bailaron las manos y tuvo que apoyarlas sobre las piernas —Dijo “mi bebé”, estoy segura, y después descubrimos esas cartas… todo encaja, está claro que ocurrió algo allí, y que ella necesita de nuestra ayuda para algo.

—Por Dios… Julia… mi hermana, mi amiga… el único amor de mi hermano Ricardo… hasta en el mas allá vas a tener más fuerza que todos nosotros juntos —añadió antes de echarse a llorar desconsoladamente.

JULIA

De repente un dolor enorme en el vientre.

Me tumbo boca arriba mientras ahogo un grito.

Se abre la puerta, entra la señora, seguida por Dolores.

—Llame al médico —dice Dolores mientras se acerca a tocarme la frente.

Me duele mucho, infinitamente. Estoy sudando. Escucho voces, gritos, al médico.

—¡Toallas!, ¡traer agua caliente! —escucho.

Creo que voy a desmayarme.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que escucho un llanto de bebé. Intento sonreír pero no puedo, me sigue doliendo tanto…

—Es una niña —escucho decir al médico.

—Una niña, Ricardo —oigo repetir a la señora.

Abro los ojos y le miro. Me mira con preocupación y amor al mismo tiempo.

—Viene otro —escucho.

—¿Cómo dice? —pregunta la señora.

Más dolor, miedo, angustia, creo que voy a morirme, no podré aguantar tanto sufrimiento.

—Es un varón —oigo decir al médico, y el llanto de mi bebé se mezcla con el mío.

Silencio. Abro los ojos para verlos, abro los brazos.

—Quiero verlos, quiero tocarlos.

—No son tuyos —escucho decir a la señora con dureza.

Suplico entre sollozos que me dejen verlos.

Los llantos se alejan, también las voces. Me quedo sola en el dormitorio. Abro los ojos. No hay nadie. Solo soledad.

Me ahogo en mi propio sufrimiento y dolor. Grito de angustia. Me han robado parte de mí y no puedo soportar tanto tormento.

CLAUDIA

Se removió dificultosamente en la cama. Alargó la mano hacia la mesilla y alcanzó un vaso de agua que reposaba sobre ella.

Bebió tranquilamente mientras nos observaba. Finalmente se decidió a hablar.

—Siempre supe que Julia tenía una magia que la hacía especial. Lo comprendí en cuanto la vi por primera vez, con su inocencia y ese brillo que siempre reflejaban sus ojos. Me atrapó desde el primer momento, al igual que a mi hermano, al que consiguió hechizar con su ternura y su belleza, a pesar de todas las distancias que les separaban. Ahora me doy cuenta que, más que magia, era un poder especial que todavía debe poseer allí donde se encuentre, ya que, nada más verte —dijo mirando a mi madre —la vi a ella, y supe que tenías que ser tú…

Mi madre y yo nos miramos atónitas. ¿Qué quería decir?

—Cuéntame —dijo pausadamente, dirigiéndose a mi madre —¿Sabes quién eres?

Mi madre tragó saliva, parecía pensar precipitadamente.

Me miró, la observé, noté confusión en su rostro.

De repente soltó un quejido.

—No puede ser… —dijo.

—Tú eres la hija de Julia —dijo la anciana, mirándola fijamente —Tu parecido a mi hermano es asombroso.

—Pero, ¿y los abuelos? —pregunté yo, atónita.

—Me temo que ya es tarde para preguntárselo —dijo mi madre apesadumbrada —Siempre lo sospeché… en mi primer colegio consiguieron hacerme dudar con ese comentario que me hería tanto y que mi madre intentó quitárme de la cabeza, hasta tal punto que logró hacerme pensar que tan solo era un insulto que utilizaban para hacerme daño. Después nos mudamos a otro sitio y todo acabó, y yo olvidé… jamás volví a preguntarles al respecto, ni ellos tampoco quisieron recordármelo…

La anciana me pidió que abriera el cajón de su mesilla.

—Abre esa caja —me dijo, mientras yo sacaba una caja de metal.

—Es el libro de tu abuela —me dijo —lo escribió mientras estuvo encerrada en aquel dormitorio durante su embarazo.

JULIA

No podía parar de llorar, hecha un ovillo en la cama, sintiendo que me habían arrancado parte del alma.

Mis bebés ya no estaban, ya no podía sentirlos, me los habían arrebatado, sin poder darles un beso, sentir el calor de sus cuerpecitos. Estaba rota.

Ángela entró en el dormitorio acompañada con sus muletas y se sentó a mi lado, besando mis mejillas y secando mis lágrimas.

—Ya está todo preparado, Julia. La señora ha decidido quedarse con el varón. No quiere a la niña. Las monjas vendrán mañana por la tarde a llevársela, pero antes de eso, Ricardo ha preparado la huida. Estate atenta, porque Antonio pasará a buscarte, ya lo tienen todo dispuesto. Todo acabará mañana Julia.

Sus palabras me reconfortaron. Sentí cierto alivio y me dieron la fuerza suficiente como para seguir respirando.

Esa misma tarde, entró Félix en el dormitorio. Desde la cama le miré con odio.

—La señora va a dar en adopción a tu bebe. Nunca volverás a verlo —esperó una reacción por mi parte, pero yo ya estaba rota, hundida, y preparada para el plan de Ricardo. No contesté.

—Vengo a proponerte algo —dijo —yo me haré cargo de ese bebé. Así podrás quedártelo.

Su rostro reflejaba orgullo, como si su plan no pudiera fallarle. Como si tuviese claro que yo aceptaría.

—Jamás dejaría que alguien como tú tocara a mi hijo. Sal de este cuarto. No sé ni cómo te atreves a proponerme algo así.

Su rostro se desencajó y salió del dormitorio, cerrando de un portazo la puerta.

CLAUDIA

De camino a casa, mientras conducía, echaba rápidos vistazos a mi madre, que permanecía estática, supongo que atando cabos con sus recuerdos.

Acababa de descubrir el triste final de la historia que Ángela nos había contado entre lágrimas.

"Lo teníamos todo preparado. Debido a mi dificultad para la huida, mi prometido había venido a buscarme para que, en el momento oportuno, yo ya no estuviera allí, así que, aquella noche, ni Ricardo ni yo nos encontrábamos en casa.

Nunca lo olvidaré. Al día siguiente, muy temprano, me avisaron para que fuera de inmediato a la casa. Fue el propio Antonio quien vino a buscarme.

Julia había aparecido desangrada en la bañera de su dormitorio. Al parecer, no había podido aguantar aquel sufrimiento. Cuando mi hermano Ricardo llegó y vio aquel macabro escenario, se pegó un tiro allí mismo, junto a ella, cogido de su mano".

Llegamos a casa y mi madre se tumbó en la cama. Mateo le sirvió una valeriana y se quedó dormida profundamente.

Mientras tanto, en el salón, le conté a Mateo aquella historia.

—Por eso te eligió —dijo Mateo, mientras acariciaba a Venus, que dormía plácidamente en su regazo.

Un grito sonó en la parte de arriba.

Subimos precipitadamente las escaleras y nos encontramos a mi madre sentada en la cama, con las manos en su cuello y con dificultad para respirar.

—No se suicidó —dijo mientras respiraba dificultosamente —la mataron.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté yo, sentándome a su lado, intentando tranquilizarla cogiendo su mano.

—Lo he visto, Claudia. Mi madre me lo ha enseñado. Una señora bien vestida entró en el dormitorio, mi madre la llamó Raquel, y le acompañaba alguien del servicio. Era delgado y se movía muy rápido. Ella lo descubrió, creo que él se lo contó. La asfixiaron en la cama y después la metieron en la bañera, cortando una de sus muñecas para aparentar un suicidio. Ella se resistió —mi madre lloraba mientras cogía aire para continuar —mis bebés, repetía, mis bebés… puedo ver los ojos de la señora como si estuviese aquí mismo, unos ojos cargados de odio y fuego. Y las últimas palabras que debió escuchar mi madre… esos bebés son míos… y Ricardo también.

Mi madre se echó a llorar desesperadamente.

Volvimos a la residencia a hablar con Ángela. Le contamos el sueño de mi madre.

Ángela lloró con nosotras.

—Ahora lo entiendo… Félix se lo contó todo. Y Raquel no pudo soportarlo. Julia quería que saliera la verdad y por eso os buscó.

—¿Alguno de ellos vive aún?

—Por desgracia no. Raquel murió hace años. Cuando ocurrió la desgracia todo el mundo supo que ella había sido engañada por Ricardo. No pudo soportar vivir en aquella casa, señalada por la gente. Dio a la niña en adopción, tal como tenia acordado con las monjas, y se quedó con el varón. Se marcharon lejos, a la casa que Ricardo tenía preparada para formar su nueva familia. Dejando en el abandono aquella casa, que ahora solo le traía malos recuerdos. A mí me dejó sin nada, pero yo ya no lo necesitaba, gracias a Dios tenia al que luego fue mi esposo y que se ocupó de cuidarme hasta el fin de sus días. El resto de empleados se marcharon a otros sitios. Ninguno vive ya.

—¿Dónde están enterrados mis abuelos? —pregunté.

—En el jardín, en la parte posterior de la casa. Félix se encargó de enterrarlos.

Recordé a Julia, mi abuela, aquella mañana en el jardín, sonriéndome, y dirigiéndose a la parte posterior de la casa. Me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

Hicimos los trámites pertinentes para exhumar los cadáveres y los enterramos juntos en el lugar donde Ángela nos dijo que fue su primer beso.

Preparamos un entierro para ellos, dando paz a sus almas y sembrando lavanda sobre ellos para que siempre les acompañara el aroma del hogar.

Desde entonces, la paz ha vuelto también a mi casa y hemos aprendido que no hay distancias, ni fronteras.

Que la verdad está por encima de todo y que allá donde esté, ella siempre nos protegerá, rodeada de amor y lavanda.

FIN